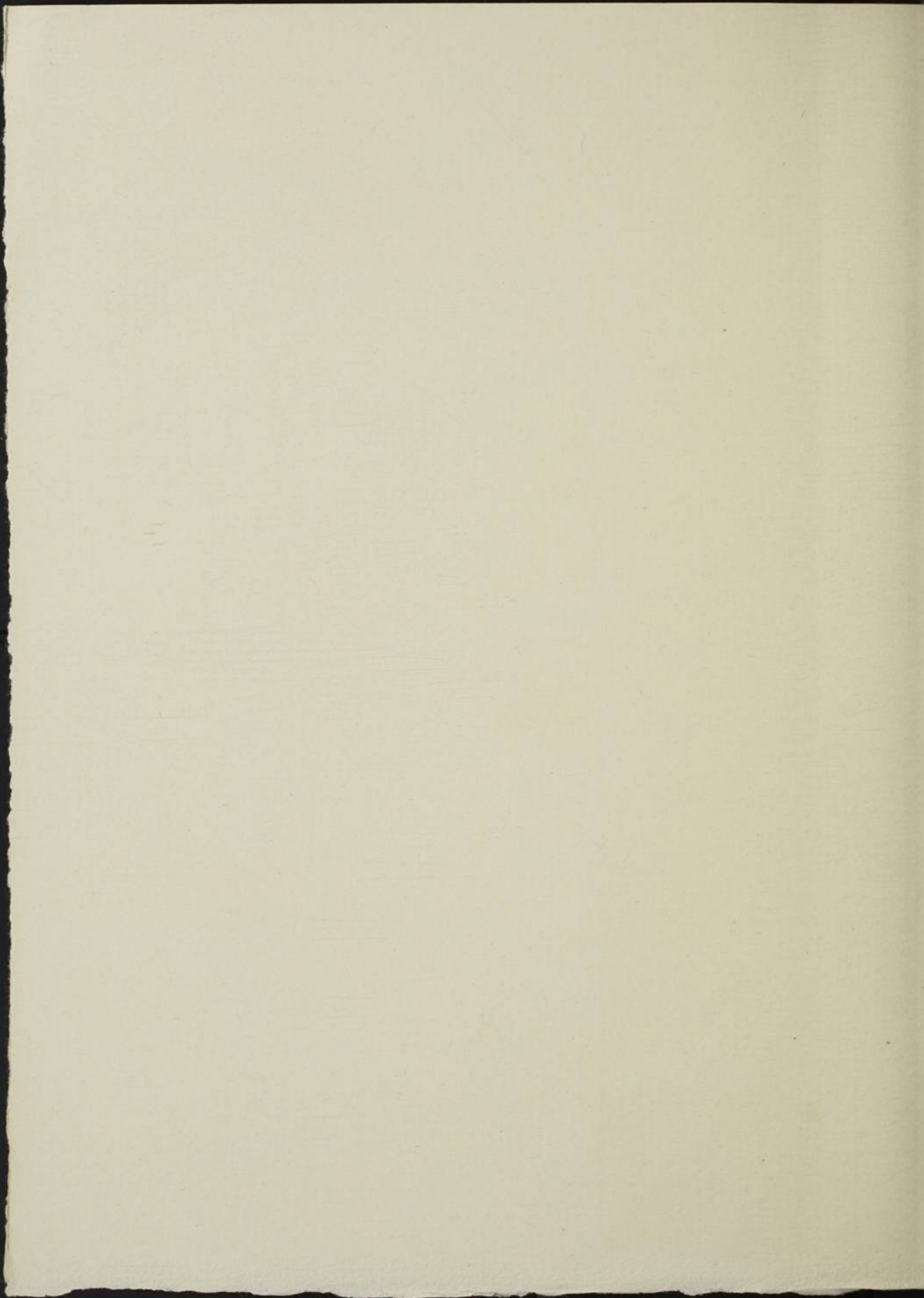


ANTOLOGÍA
de poetas brasileños
de ahora



ANTOLOGÍA

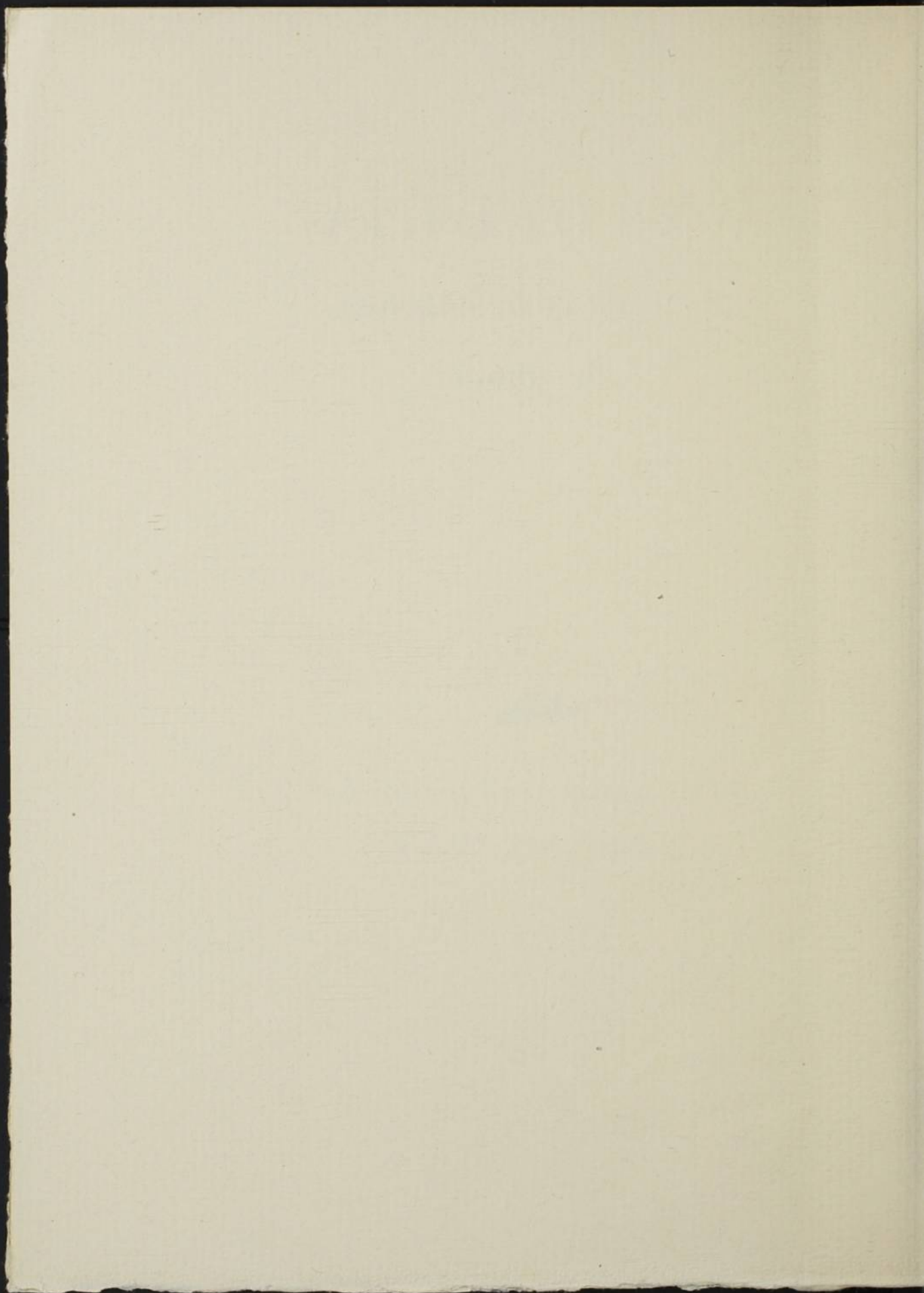
de poetas brasileños

de ahora

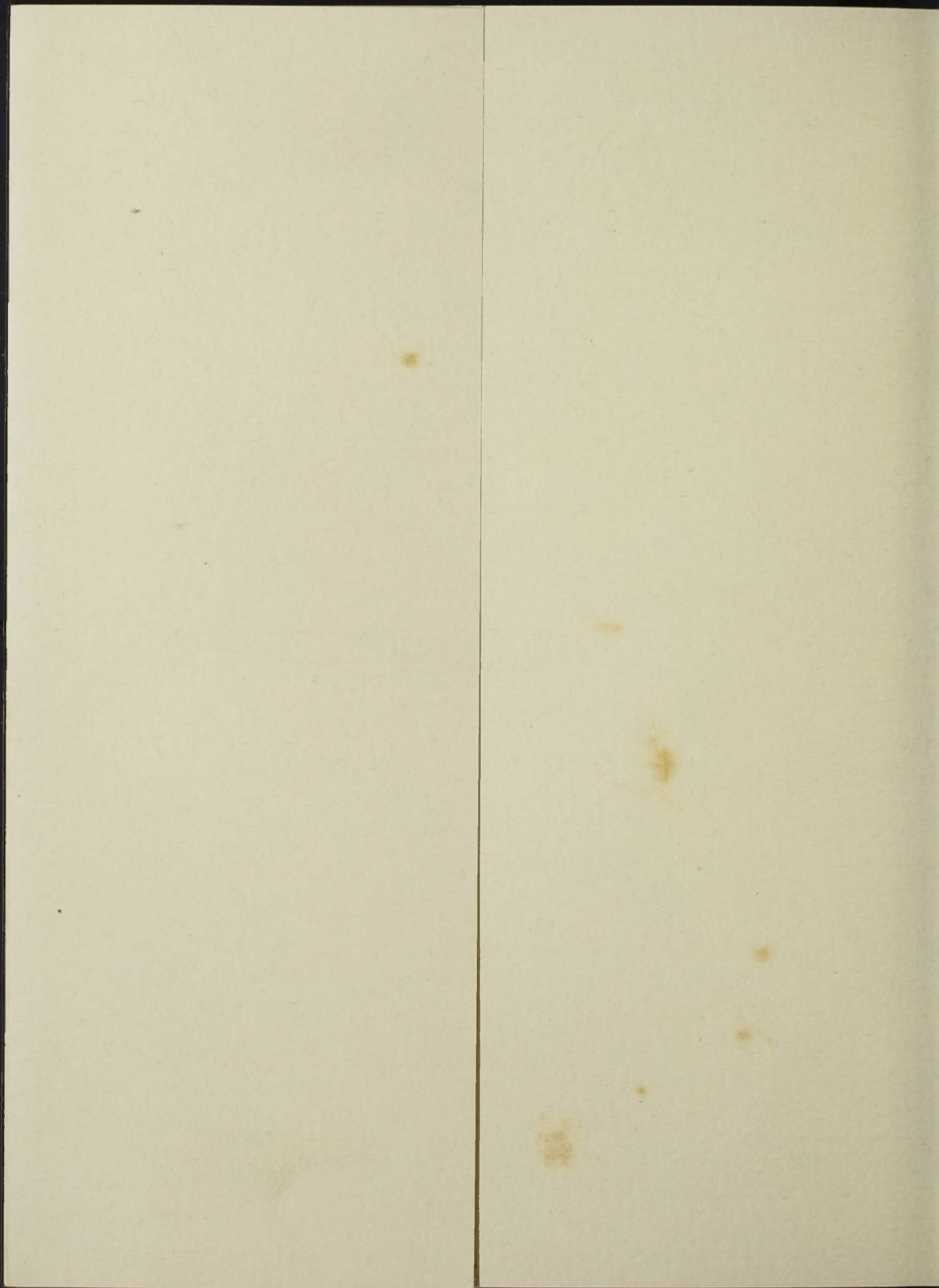


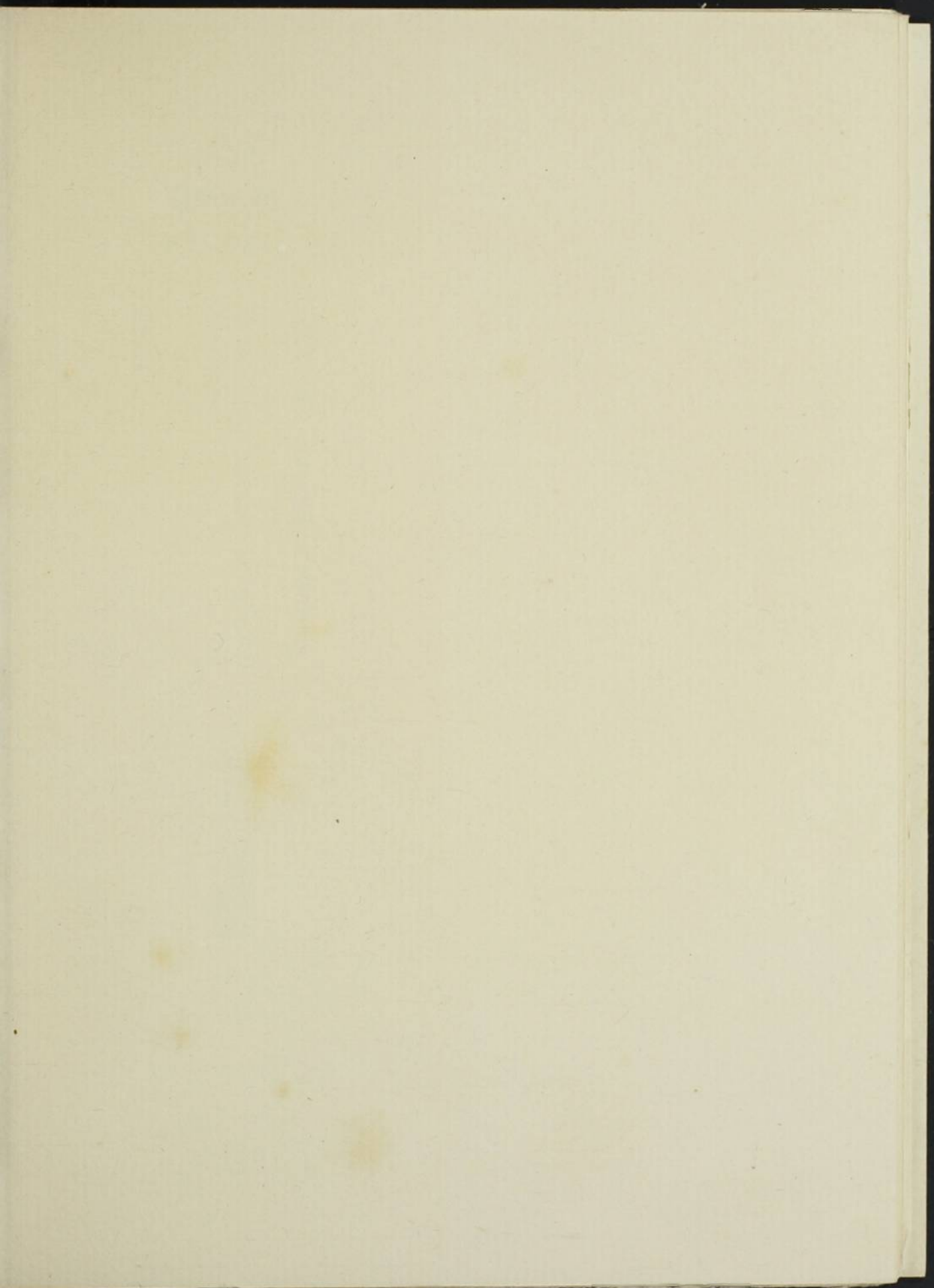
selección y traducción de

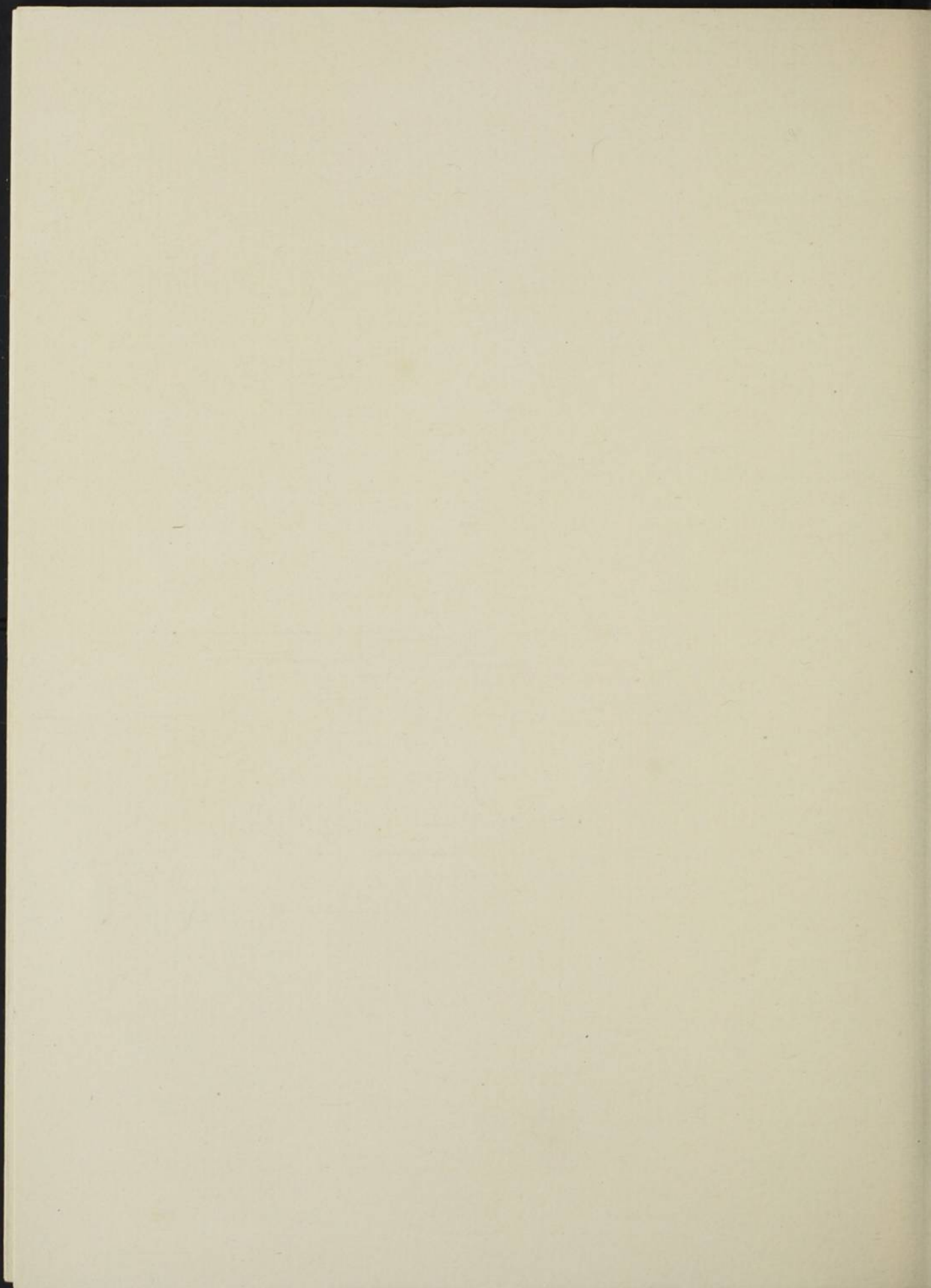
ALFONSO PINTÓ



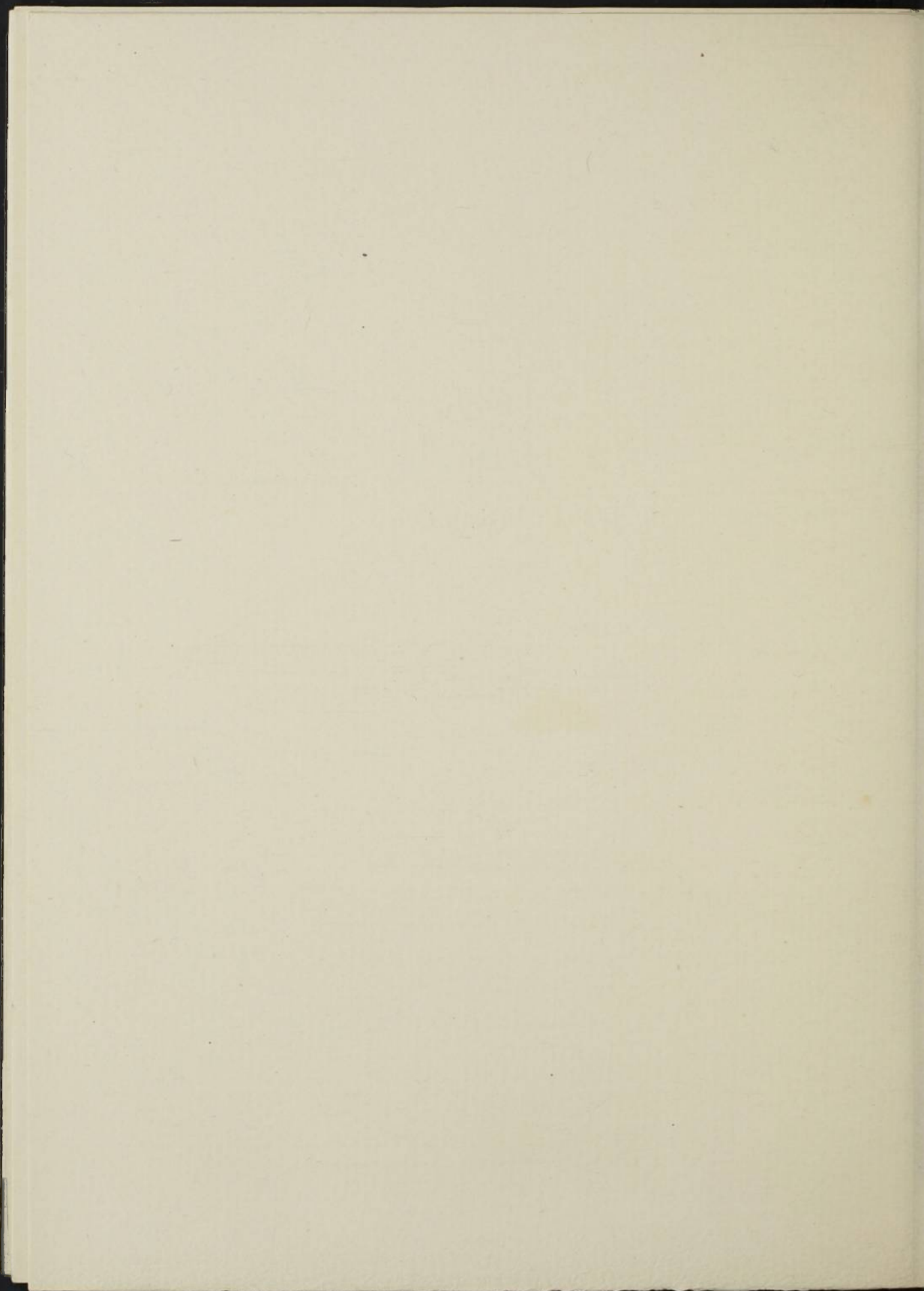
MURILO MENDES







ANTOLOGÍA
de poetas brasileños
de ahora



ANTOLOGÍA

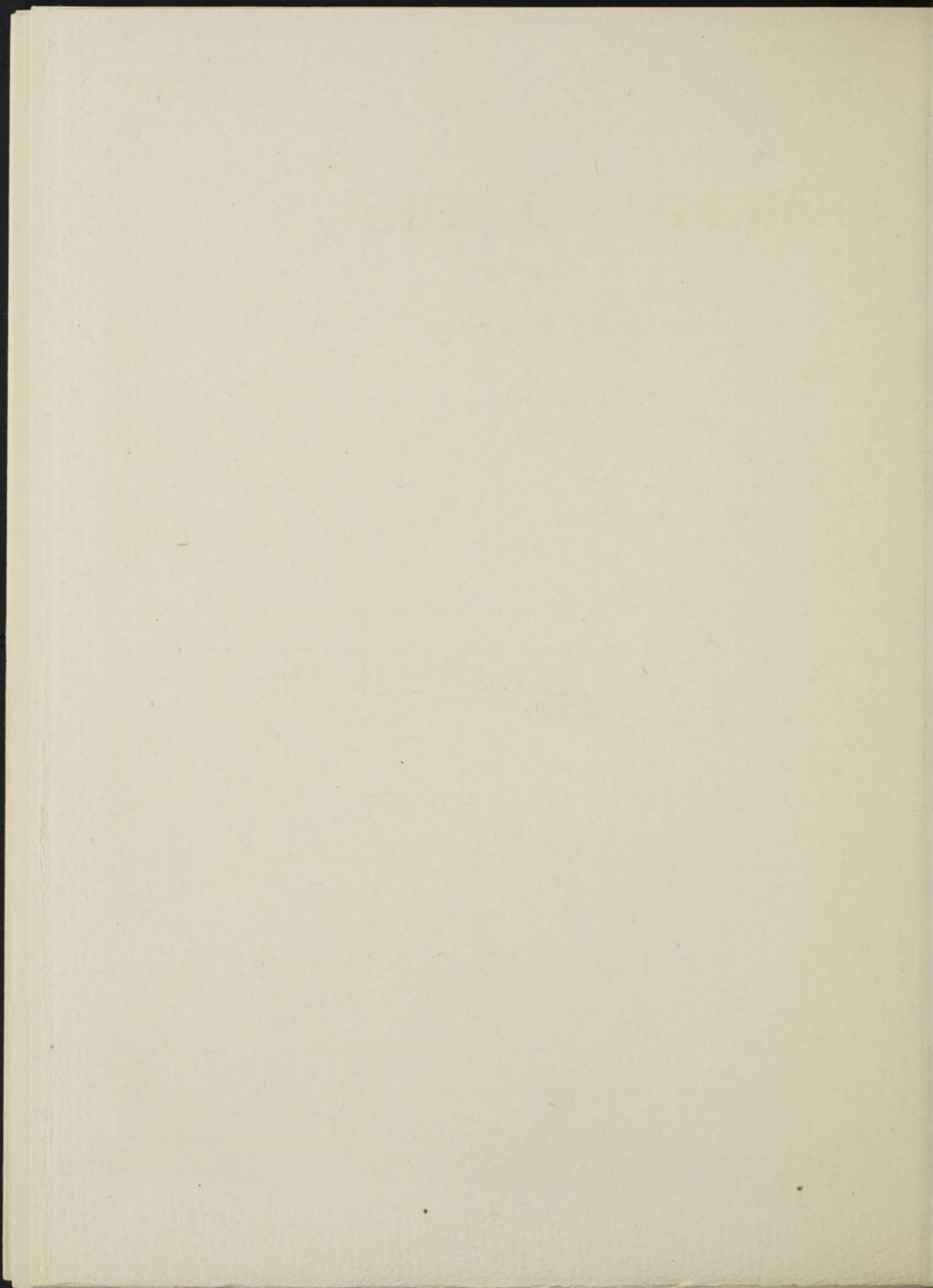
de poetas brasileños

de ahora



selección y traducción de

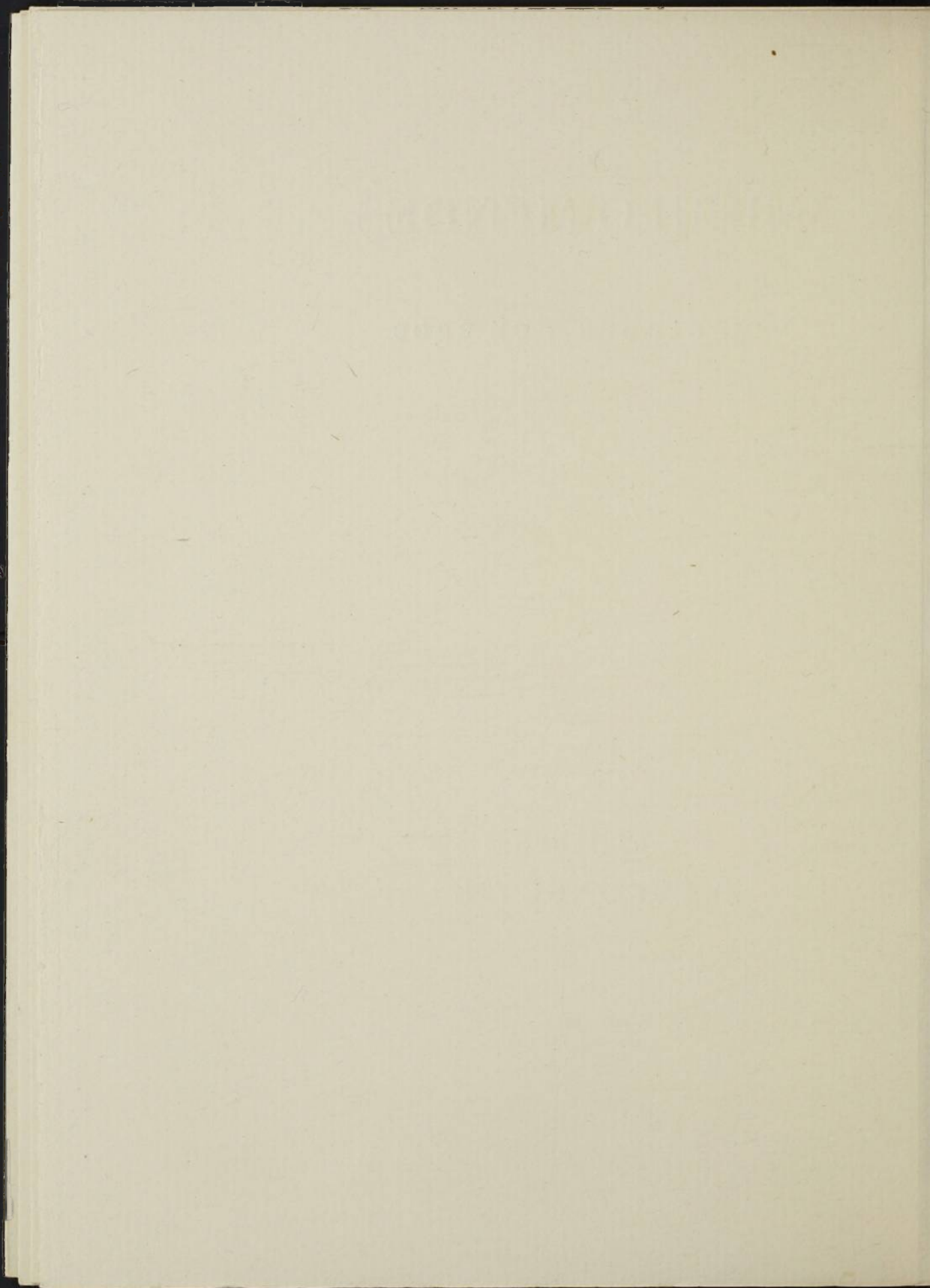
ALFONSO PINTÓ



MURILO MENDES

ventanas del caos

el libro
INCONSÚTIL



Todo sucede
en Egiptos de aéreos corredores,
en galerías sin lámparas
esperando que alguien
dispare el violoncelo,
¿o acaso tu corazón?

Azul de guerra.

TELEFONEAN paquetes,
telefonean lamentos,
inútiles encuentros,
remordimientos y bostezos.

¡ Ah ! ¡ Quién telefonara el consuelo,
el puro rocío
y la carroza de cristal !

No cargaste pianos,
ni tampoco cargaste piedras.
Pero en tu alma subsiste
– ya nadie se acuerda,
y lo oyeron las playas antiguas –
el canto de los que cargan los pianos,
el canto de los que cargan las piedras.

EL cielo cae de las palomas.

Del hospicio se elevan
ecos de una banda.

No serás antepasado
porque no tuviste hijos:
serás siempre futuro para los poetas.

Lejos el mar reducido
bala inocente.

ARMONÍA del terror

cuando el alma destruye el perdón
y el ciclo de las flores se cierra
en lo particular y en lo general:

Ningún son de flauta,
ni siquiera un templo griego
en colina azul,
decidiría el gesto recuperador.

Hambre, litoral sin coros,
duro parto de la muerte.
La tierra se abre en su sangre,
abandona al blanco Abel
oculto de Dios.

LA infancia viene de la eternidad.
Después sólo la muerte magnífica
– destrucción de la mordaza –
que quizás habrás entrevisto
cuando jugabas con la peonza
o desmontaste al abejorro.

Entre dos eternidades
balancéanse espantosas
el hambre de amor y la música:
ruda dulzura,
último paso libre.

Sólo vemos el cielo por el reverso.

CAE de las sombras de la pirámide
esta sed de oscuridad.

Enigma, bárbara inocencia,
pájaros galopando clemencia.

Del hondo cielo
irrumpen nubes ecuestres.
¿Dónde están los brazos comunicantes
y los paracaidistas de la justicia?
Bultos blindados presiden
el sabotaje de las arpas.

QUÉ esperan todos ?

El viento de los crímenes nocturnos
destruye augustas cosechas.

Aguas ásperas, bravías,
fertilizan los cementerios.

Las madres arrojan del vientre
los fantasmas de la otra guerra.

No hay señal de alianza
sobre la mesa aniquilada.

¡ Ondas de púrpura,
elevaos del hombre !

P LUMAS del alma,
antigua tradición futura:
¿El alma sin plumas
resiste al Destructor?

LA velocidad se opone
a la desnudez esencial.

Para merecer el rompimiento de los Sellos
es preciso trabajar la corona de espinas
– si no, te verás abandonado,
solo, con los cadáveres de tus libros.

PÉNDULO que marcas el compás
de desengaño y soledad,
deja tu puesto a los tubos de ese órgano
soberano

que va más allá del tiempo:
pulso de la humanidad
que de su origen al fin
busca entre tedios y lágrimas,
en la carne miserable,
entre collares de sangre,
entre incertidumbres y abismos,
entre oscuras fatigas,
su bienaventuranza.

Más allá de los mares, más allá del aire,
del origen al fin,
más allá de las luchas,

adormecedores,
coros serenos de voces mixtas
de honda esperanza y blanca armonía,
subiendo van.

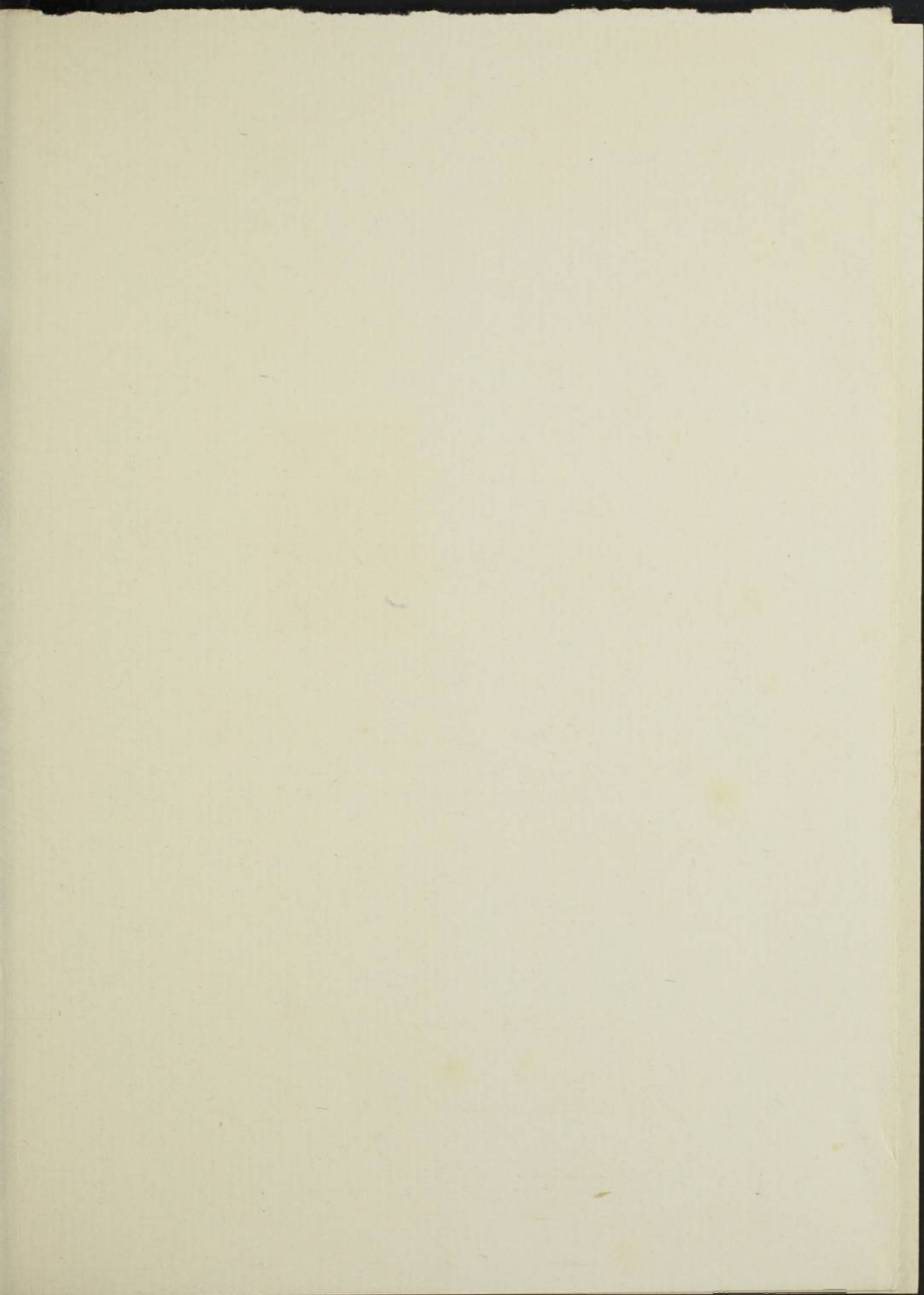


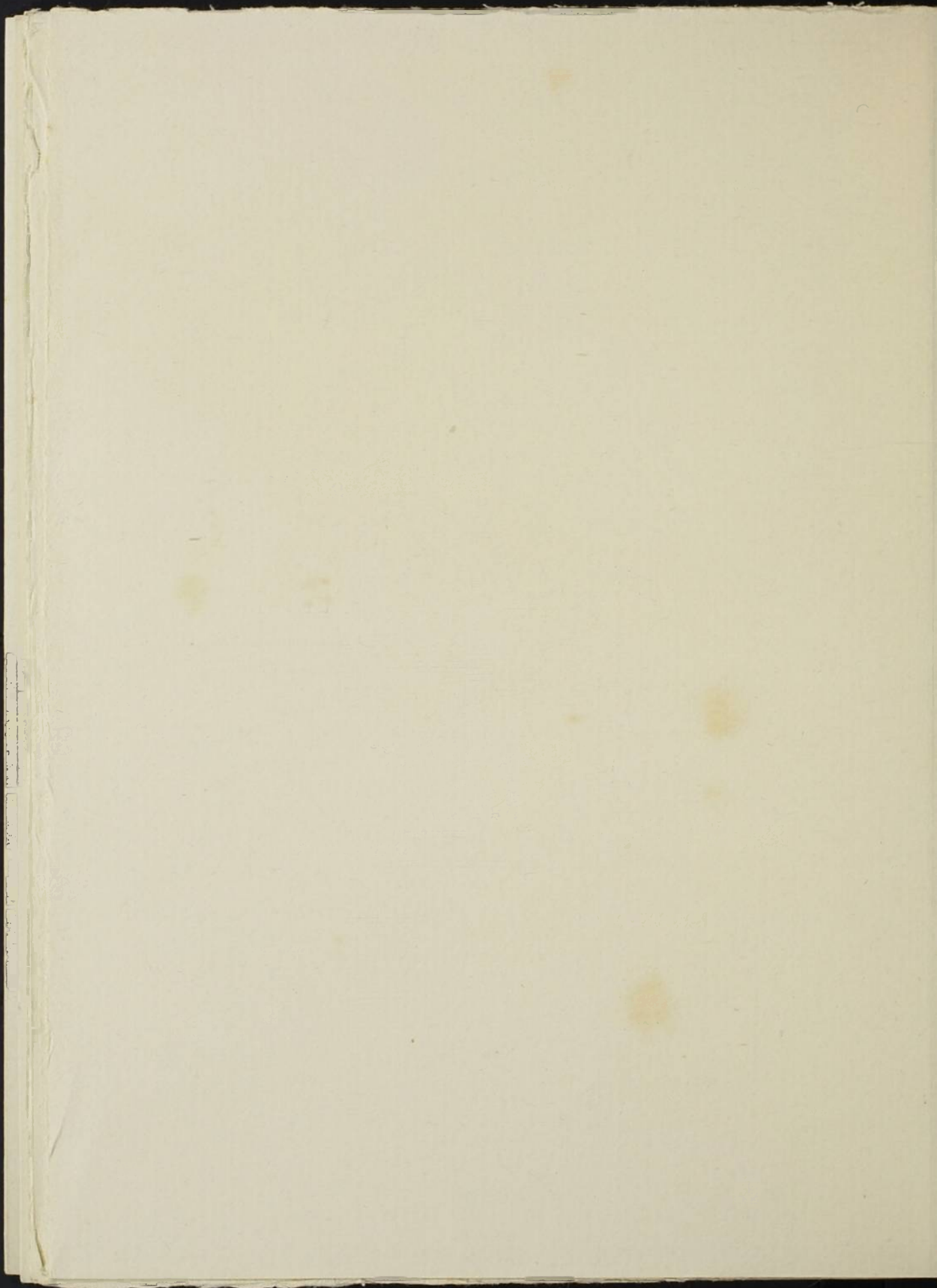
*Esta edición consta
de 120 ejemplares
en papel de hilo verjurado*

JOÃO CABRAL DE MELO

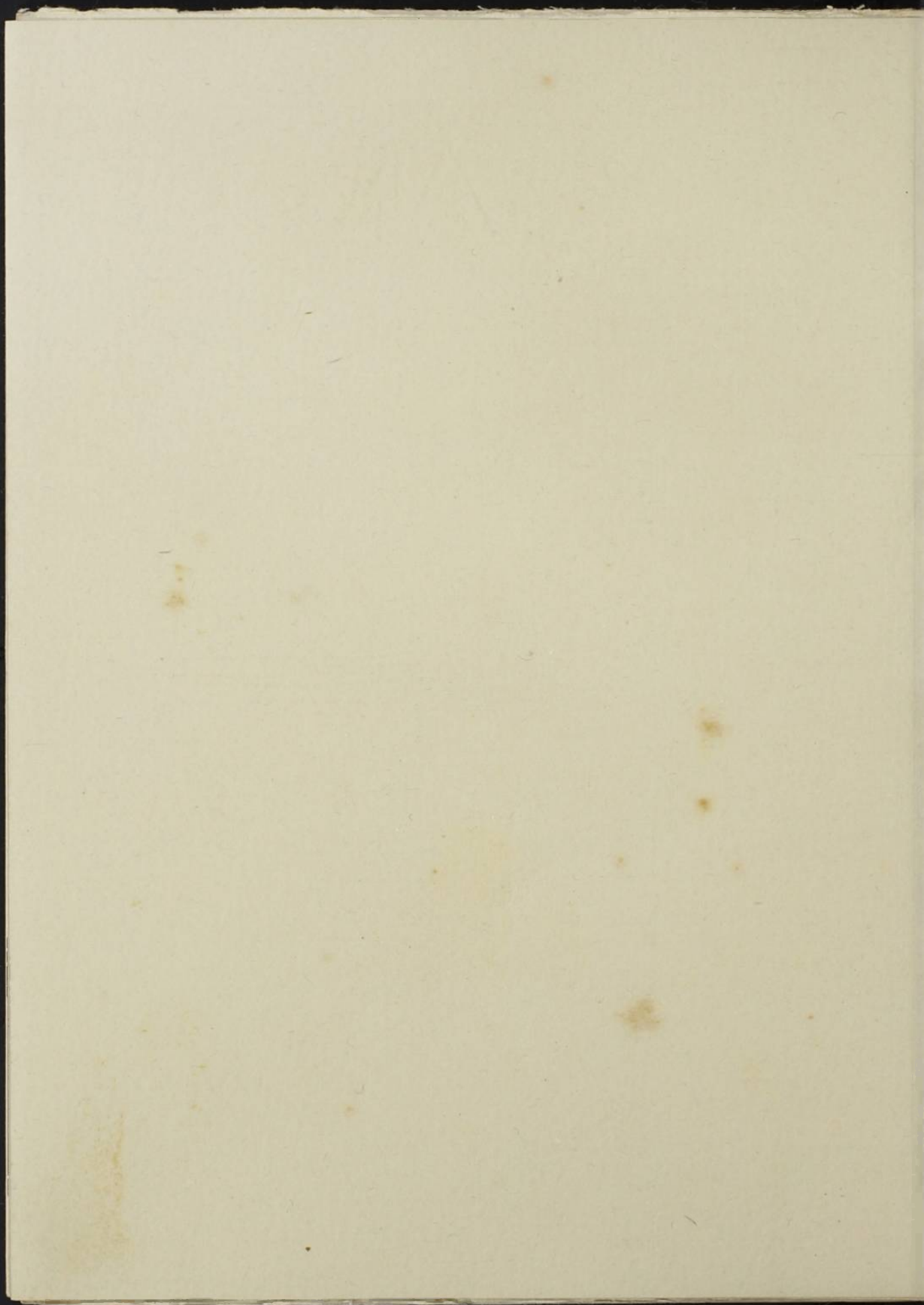
impresor

26551



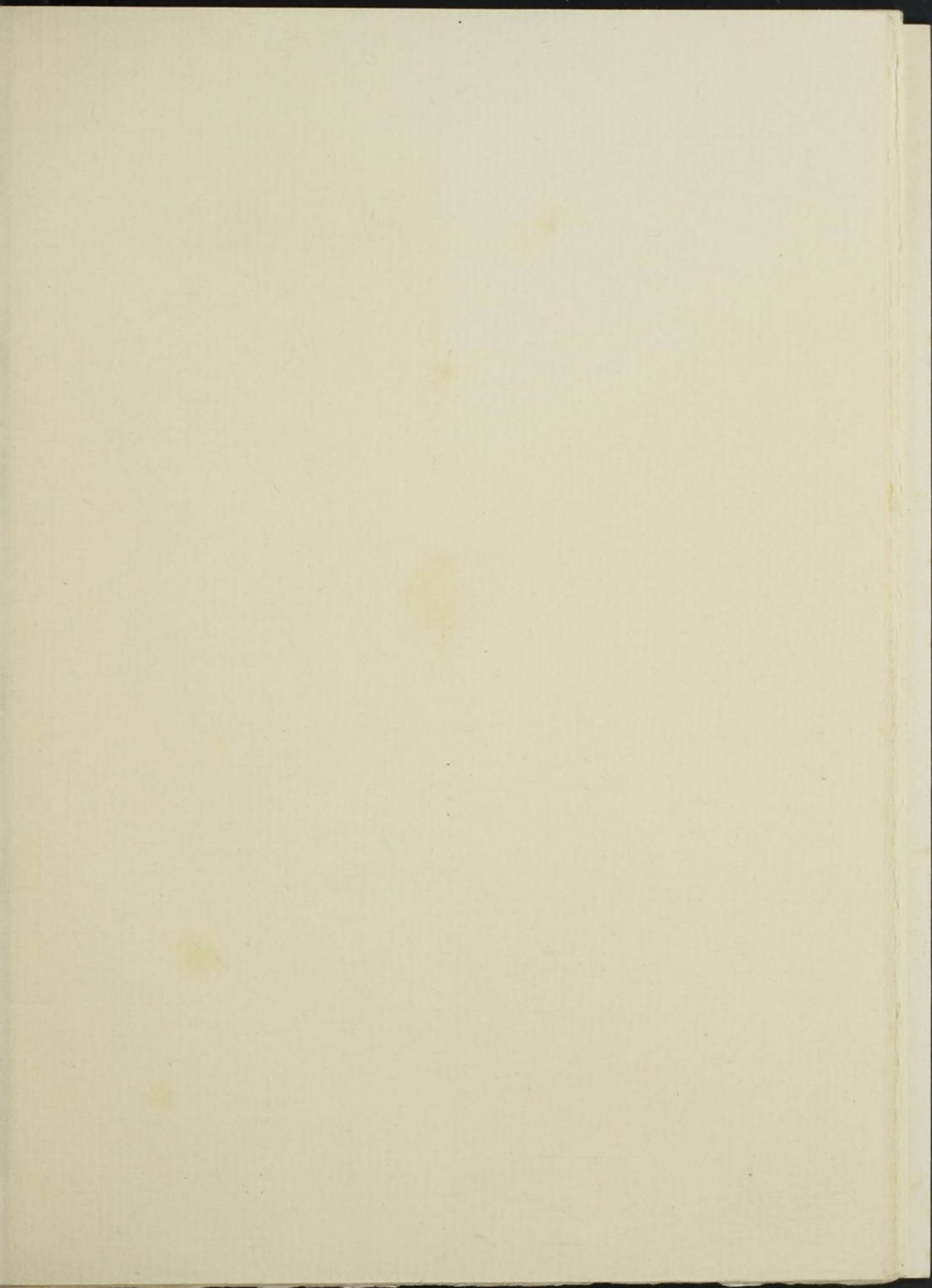


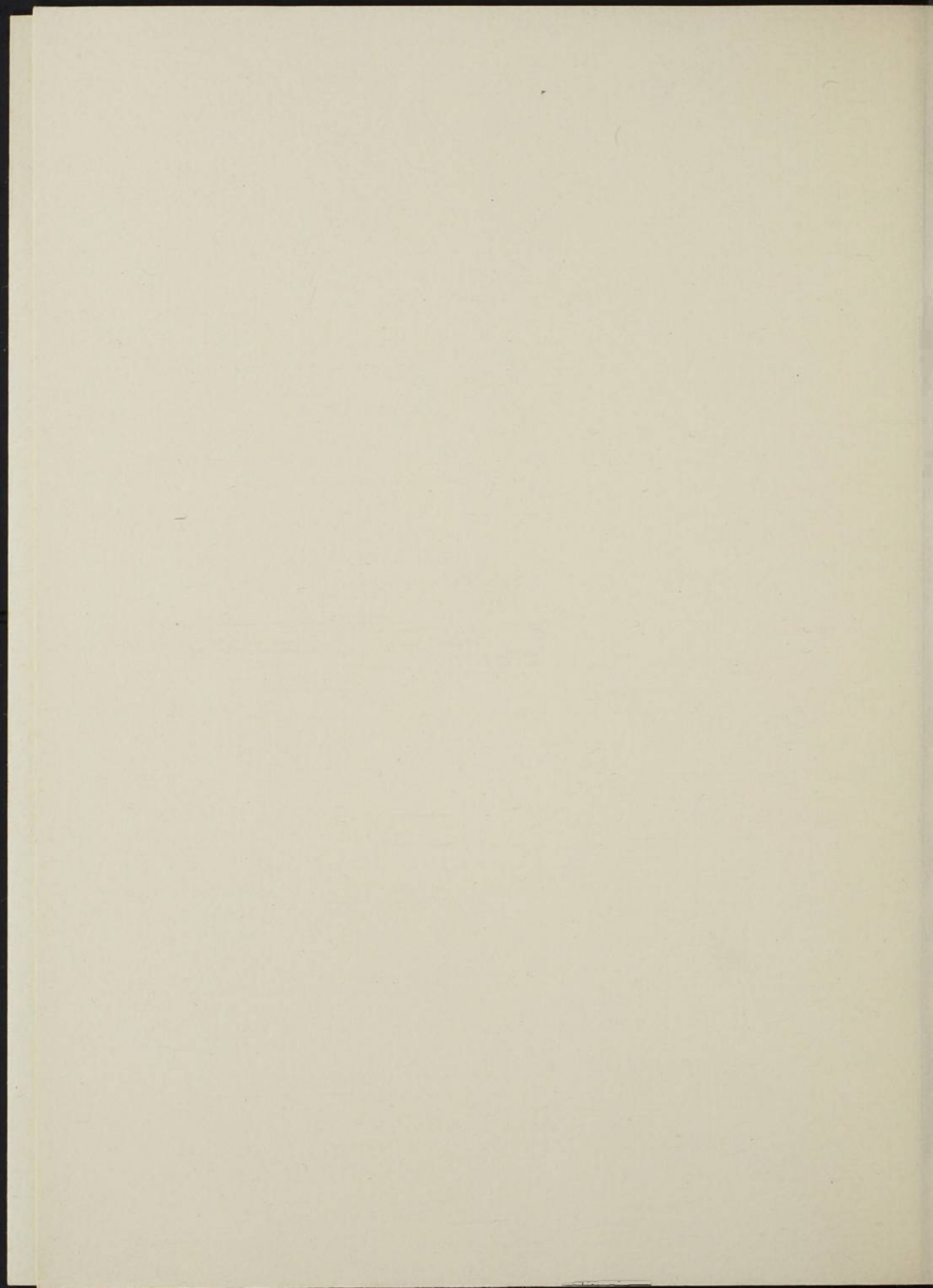




CECILIA MEIRELES



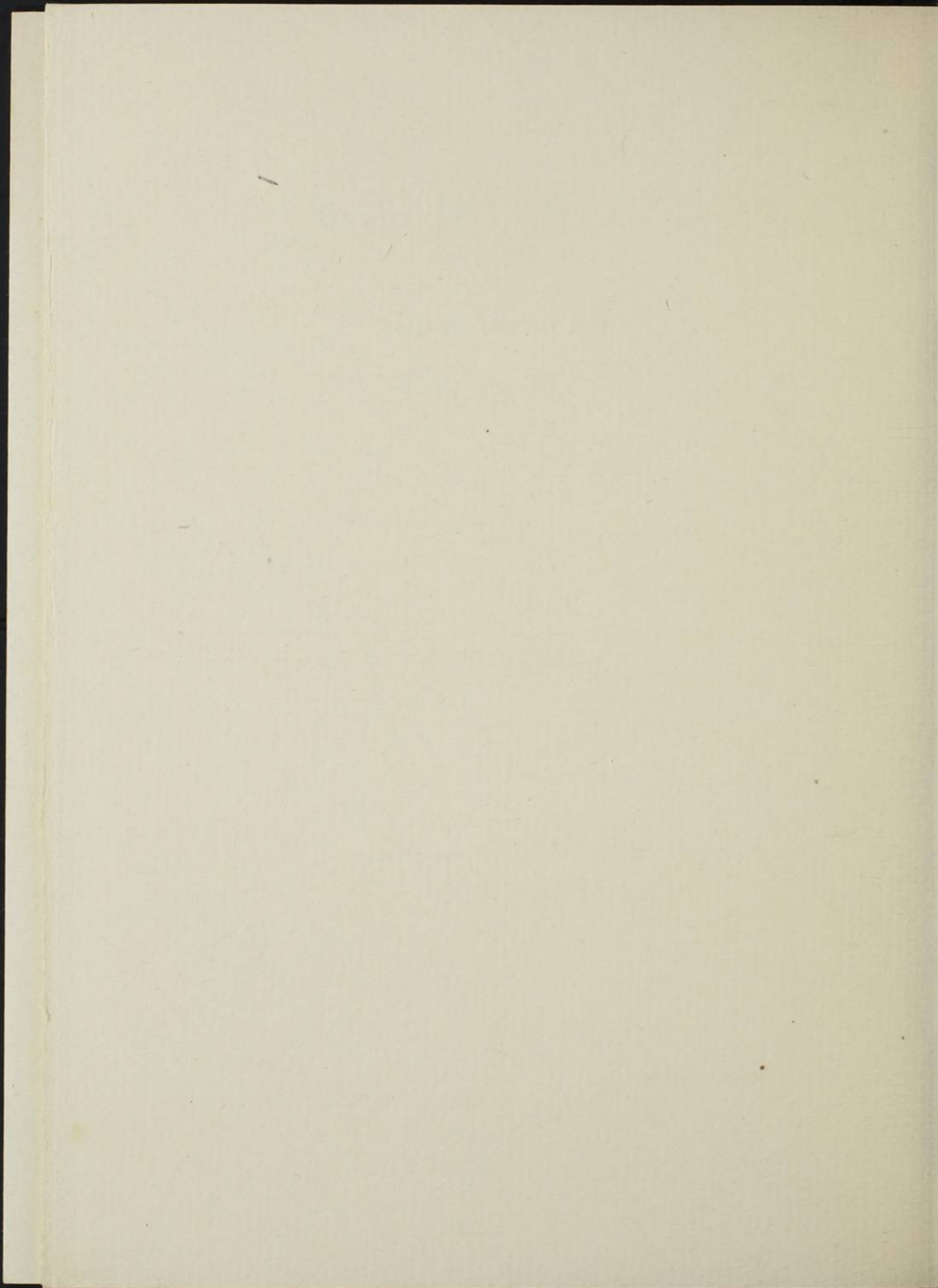




CECILIA MEIRELES

seis canciones

el libro
INCONSÚTIL



CONTIGO, Antonio, Antonio Machado,
contigo quisiera pasear,
por mañana de sierra, noche de río
o nacimiento lunar.

Serenas palabras que fueras diciendo
– hojas al viento a volar.
Tú eras el árbol, el árbol, Antonio,
con su alma preliminar.

Tu eras el árbol andando en la tierra,
con raíces vivas, pájaros, cantar.
Contigo, contigo, Antonio Machado,
me gustaría pasear.

Por montes y valles ir andando, andando
y, entre cazadores que van a cazar,
oir tus lebreles que van tras la luna,
corza blanca a volar.

Sobre el campo verde,
ondas de plata.

Andábase, andábase...
Sobre el verde campo,
siempre otras aguas.

Sobre el campo verde,
paciente barco.

Errábase, errábase...

Sobre el verde campo,
siempre el espacio.

Sobre el campo verde,
todas las cartas.

Armábase, armábase.
Sobre el verde campo,
el as de espadas.

Sobre el campo verde,
cualquier palabra.

Mirábase, mirábase...
¡Ay, sobre el verde campo,
nada!

MUCHAS velas. Muchos remos.

Áncora es otro cantar...

Lo que, amor, navegaremos
no se puede calcular.

Vimos las Pléiades. Vemos
la gran Estrella Polar.

Muchas velas. Muchos remos.

Corta vida. Largo mar.

Por agua brava o serena
dejamos nuestro cantar:
la menuda voz se estrena
ténue en el aire, a volar.
¿La oís? Nos da mucha pena;
hoy cantamos para el mar.

Ni tormenta, ni tormento
nos podría hacer cesar.
(Muchas velas. Muchos remos.
Áncora es otro cantar...)
Bogamos entre agua y viento,
en busca del rey del mar.

LAS palabras estan muy dichas
y el mundo está muy pensado.
Quedo a tu lado.

No me digas que hay futuro,
ni pasado.
Deja el presente, claro muro
sin cosas escritas.

Deja el presente. No hables,
no me expliques el presente,
que ya todo es demasiado.

En aguas de eternamente,
el cometa de mis males
se hunde, desarbolado.

Quedo a tu lado.

ESTRELLA fría
la de tu mano.
Ténue cristal,
exigua flor.

¡Ay! Nieva amor.

Luna desierta
de tu mirar.
Pura, glacial
luz sin color.

¡Ay! Nieva amor.

Inmenso invierno
del corazón.
Sin fin el hielo
deslízase...

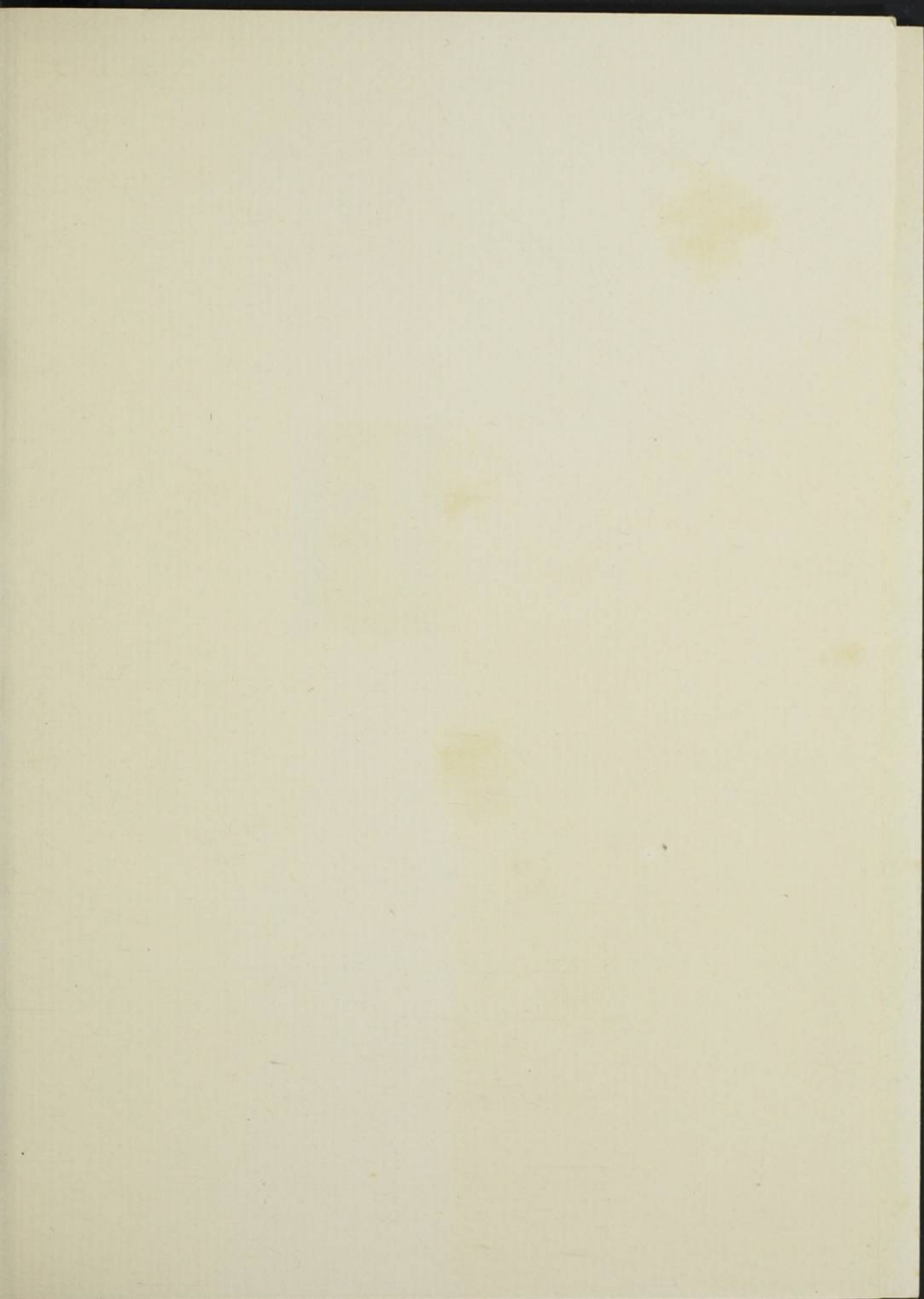
Al estar sola
así canté:

¿Tu frío viene
de mí, del cielo,
de tí, de quién?
¿Dónde el estío?
¿Dónde el calor?

¡Ay! Nieva amor.

V
ELA tu rostro, hermosa,
que soy un hombre del mar.
¿Qué ha de hacer con una rosa
quien vive de navegar?
— cualquier viento la deshoja,
cualquier sol la hace secar,
porque el dios del mar despoja
a quien se distrae en amar.

¡Por la gran agua perdida,
cruza, barca sin amor!
Cada cual tiene su vida:
o de desierto o de flor.
Vela tu rostro, hermosa,
que soy un hombre del mar.
Roba al satén de tu rosa
la sal que ayudo a formar...



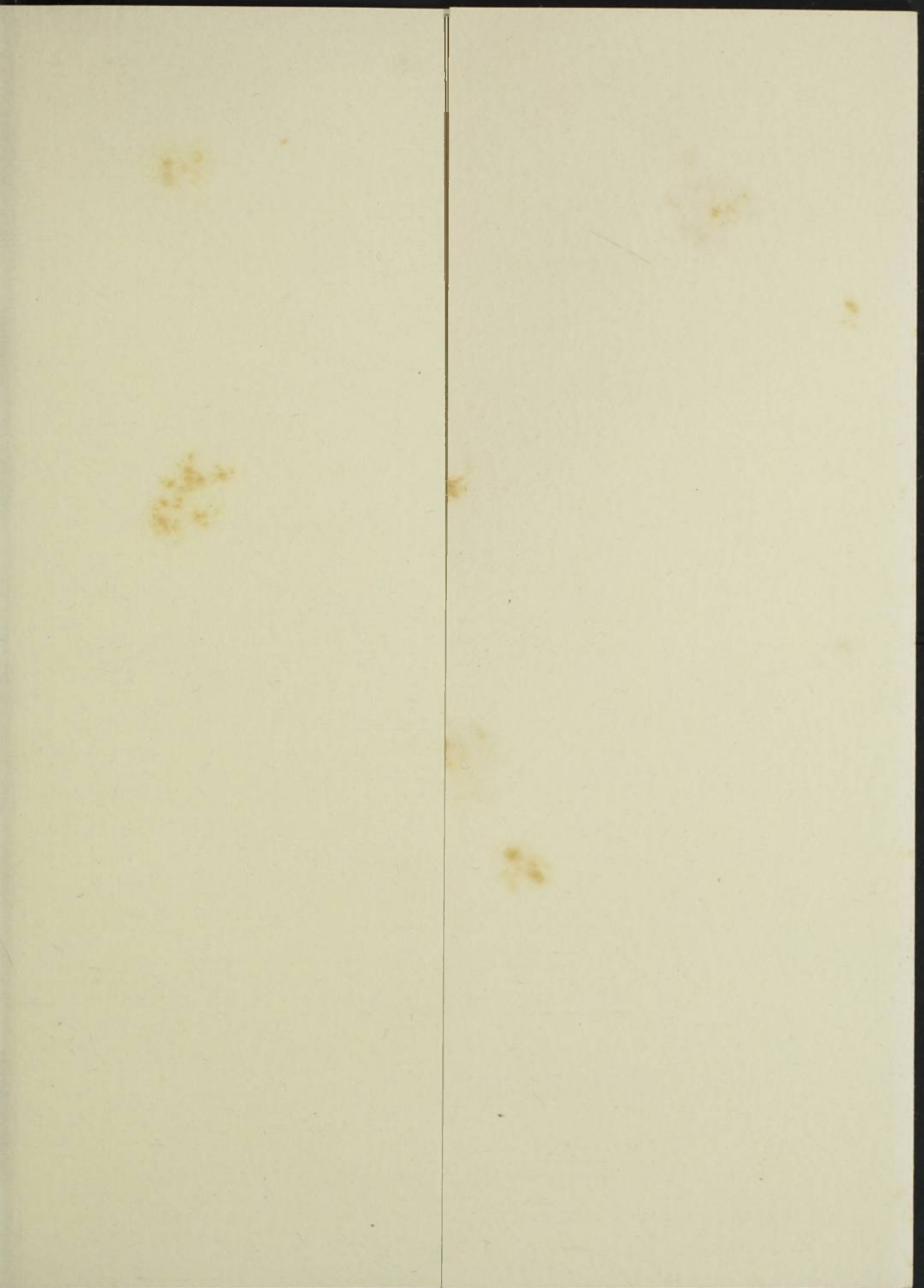
26552

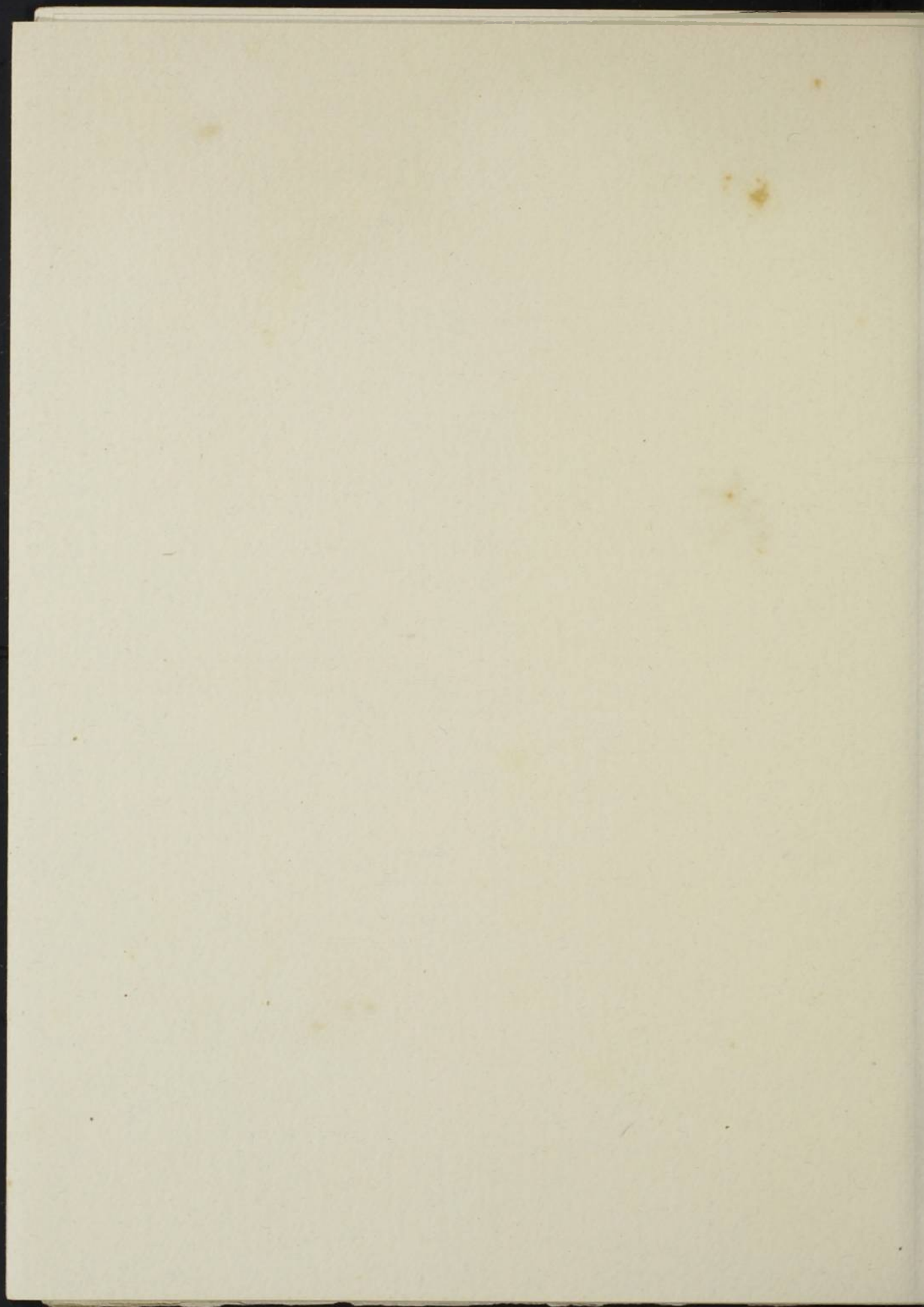


*Esta edición consta
de 120 ejemplares
en papel de hilo verjurado*

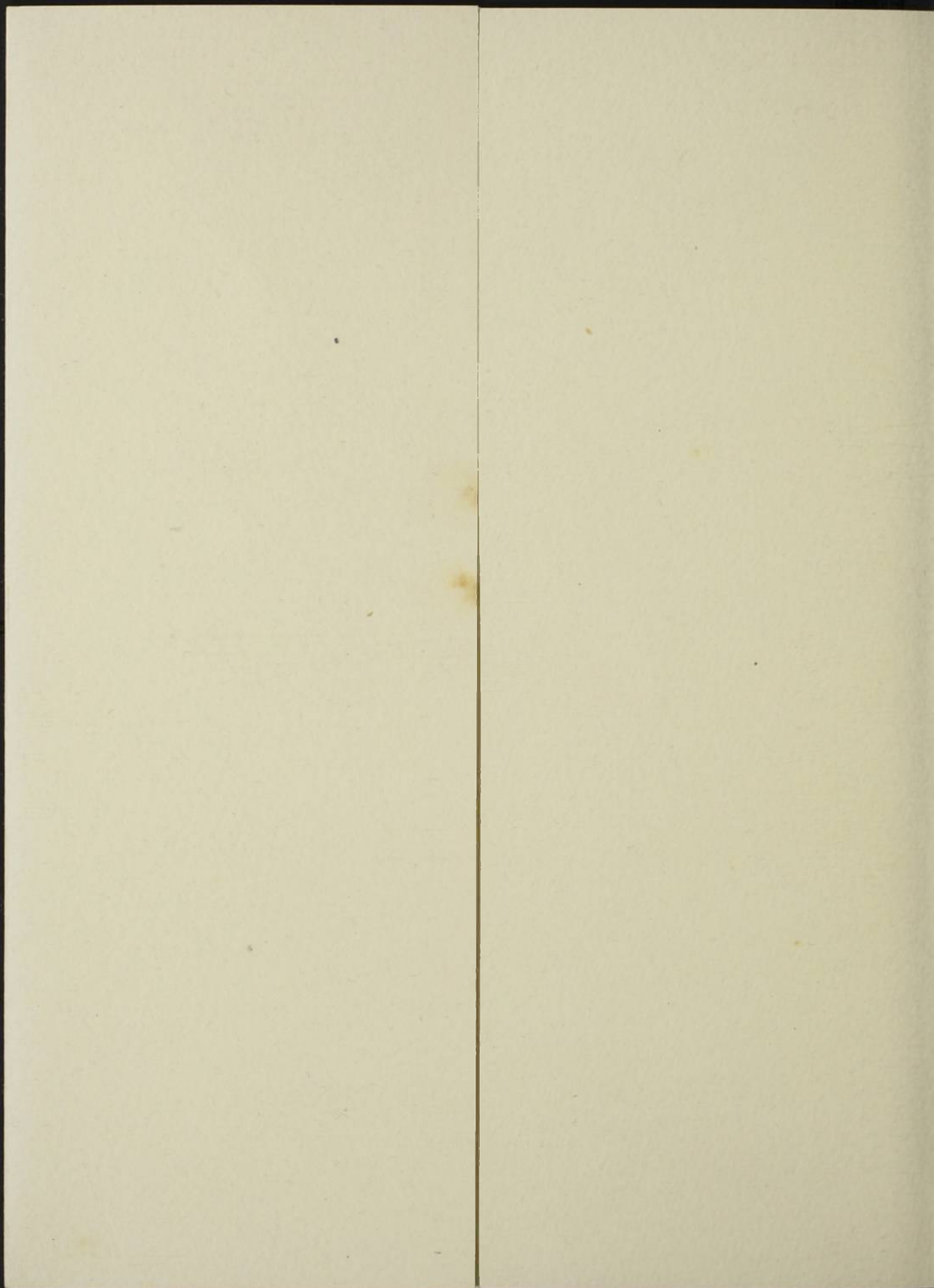
JOÃO CABRAL DE MELO

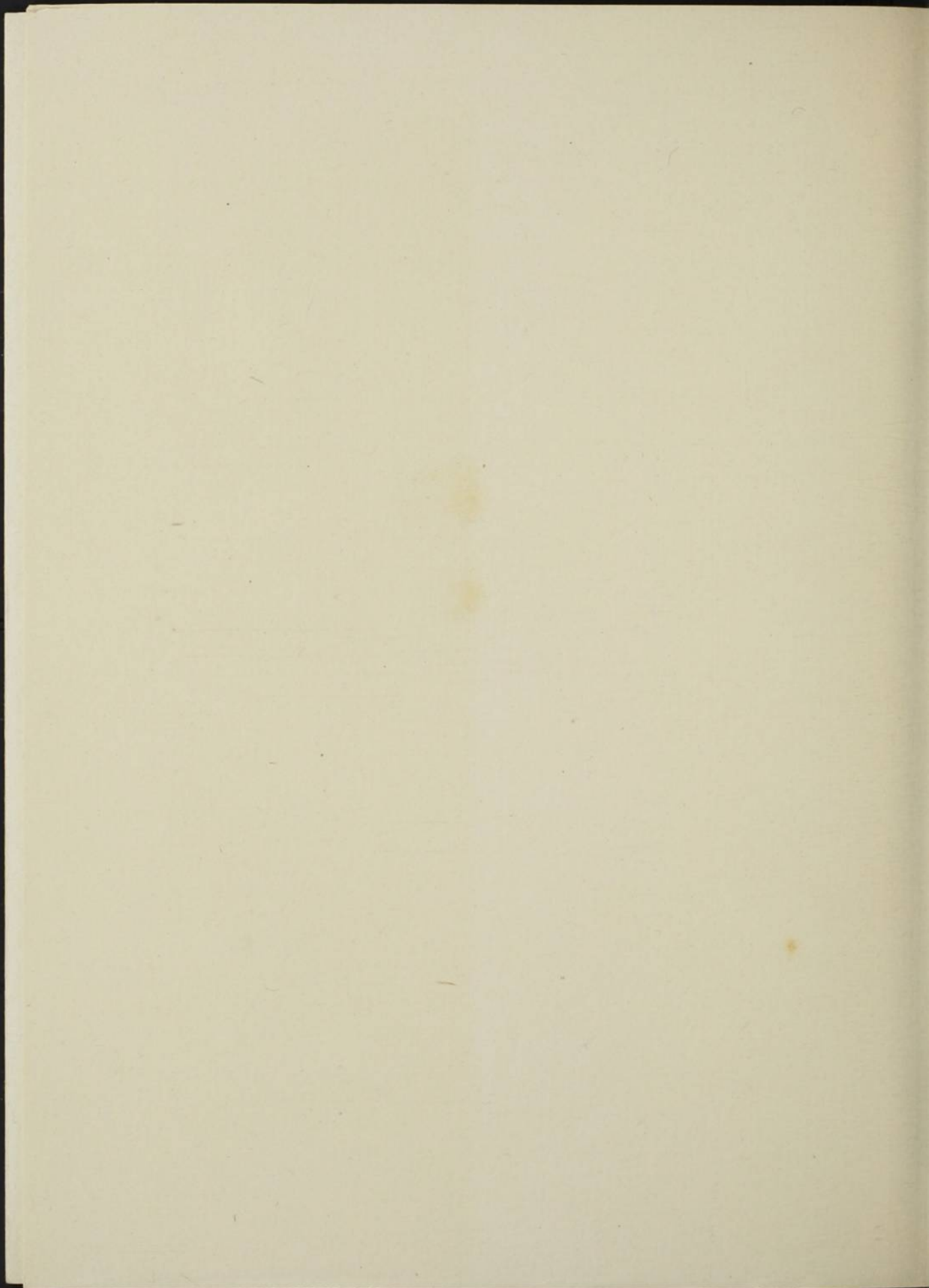
impresor



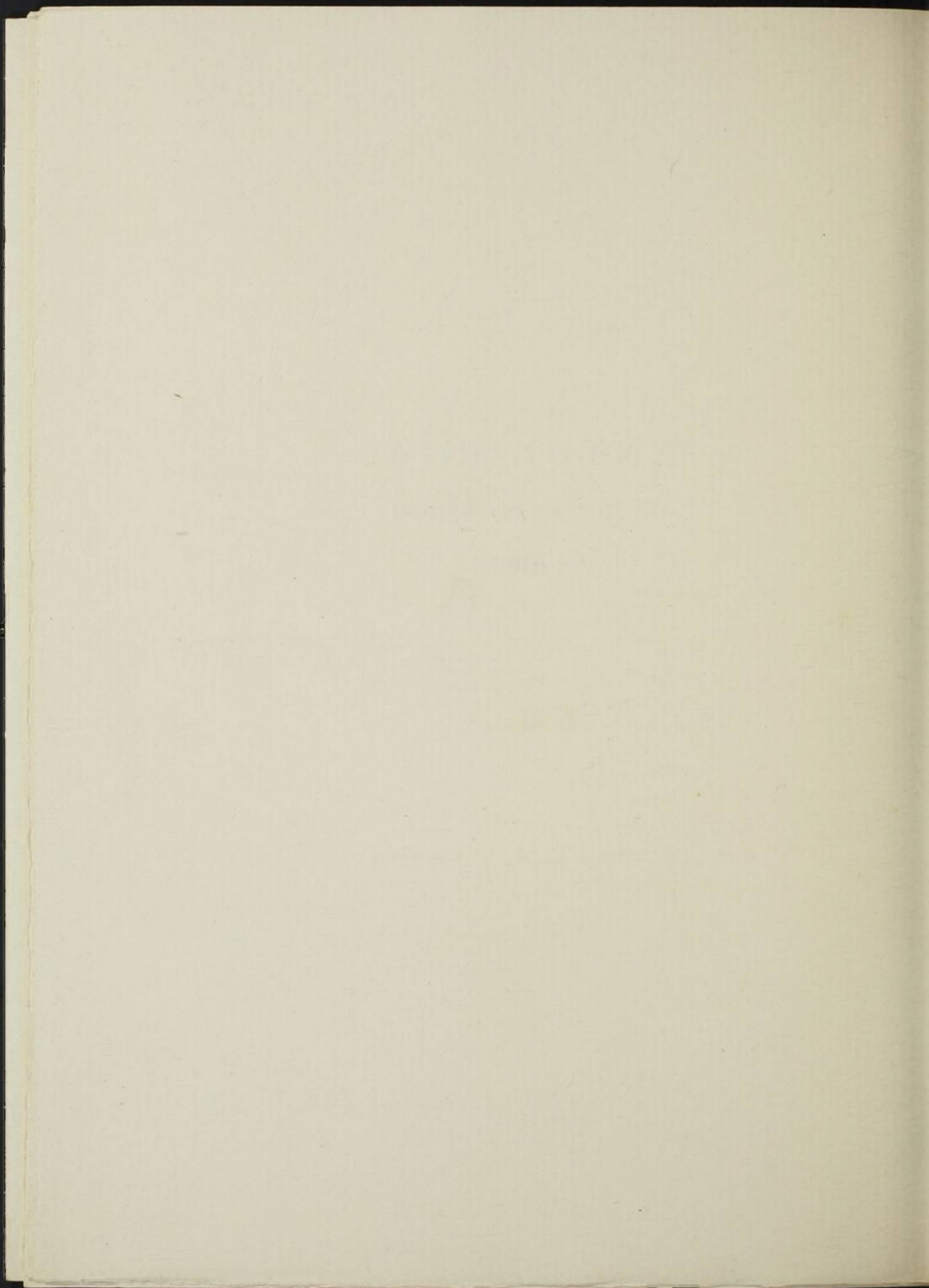


CARLOS DRUMMOND
DE ANDRADE





ANTOLOGÍA
de poetas brasileños
de ahora



ANTOLOGÍA

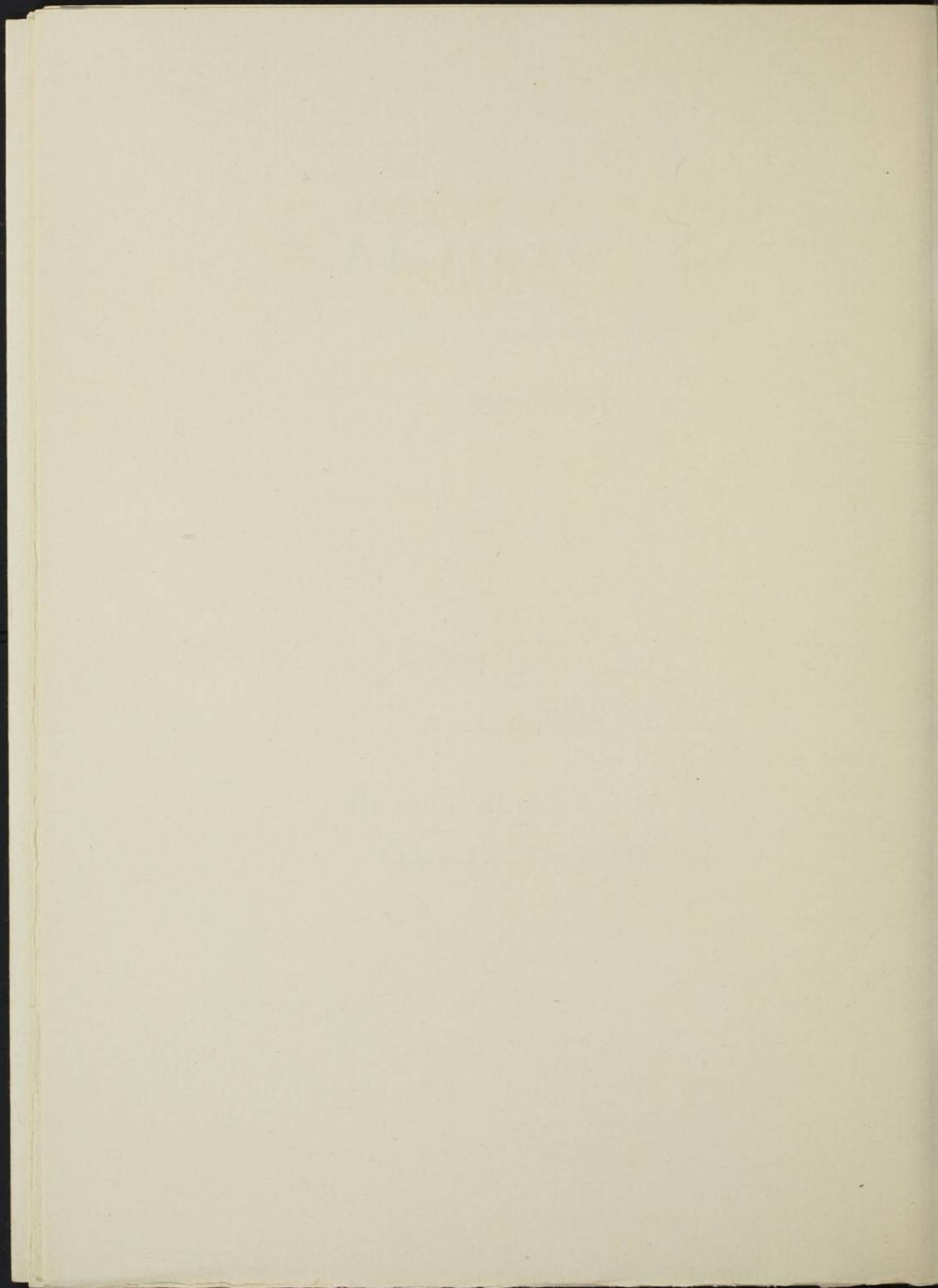
de poetas brasileños

de ahora



selección y traducción de

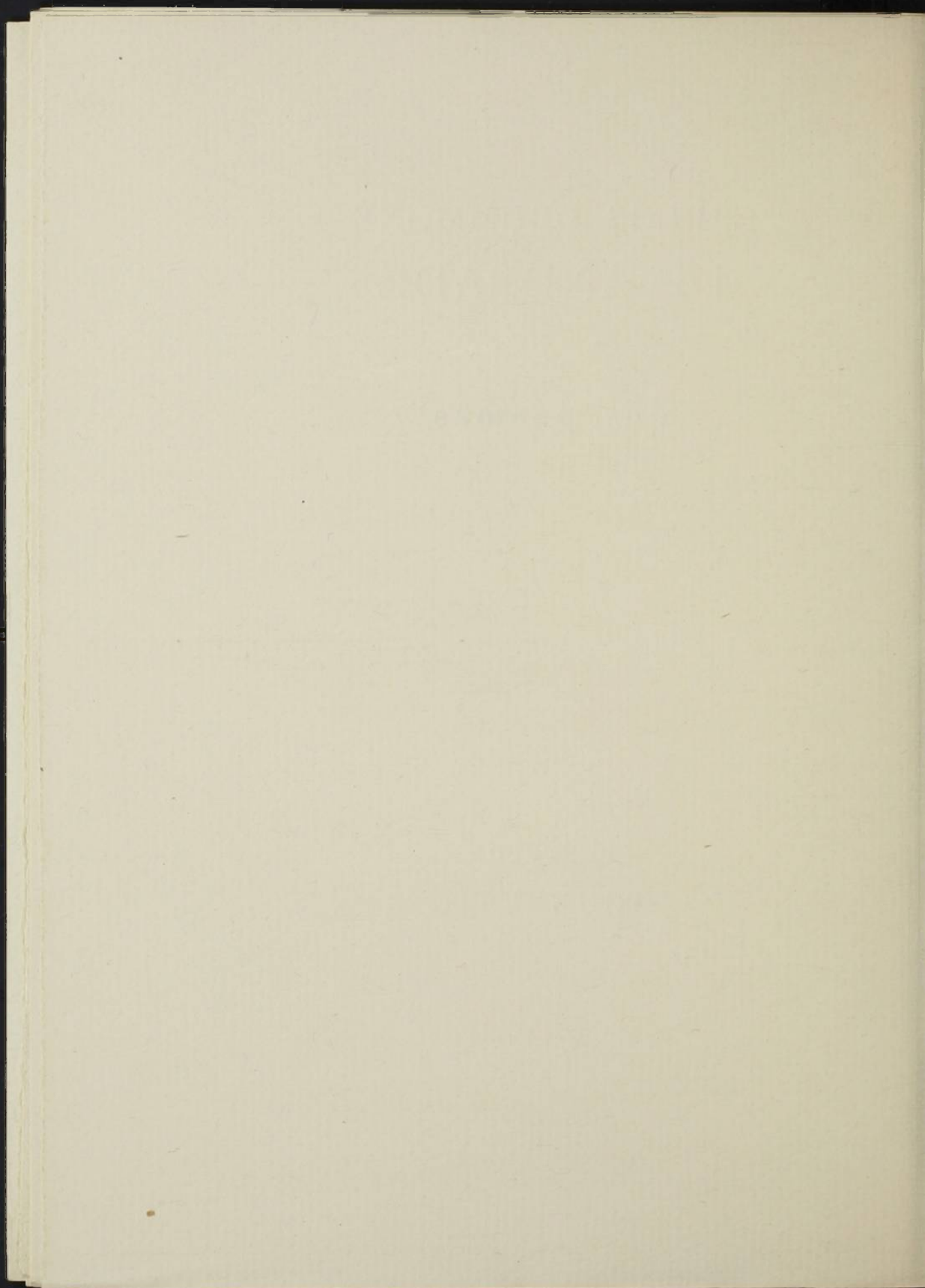
ALFONSO PINTÓ



CARLOS DRUMMOND
DE ANDRADE

dos poemas

el libro
INCONSÚTIL



RESIDUO

DE todo quedó un poco.
De mi miedo. De tu asco.
De los entrecortados gritos. De la rosa
quedó un poco.

Quedó un poco de luz
captada en el sombrero.
En los ojos del rufián

de ternura quedó un poco
– muy poco.

Poco quedó de este polvo
con que tu blanco zapato
se cubrió. Quedaron pocas
ropas, pocos velos rotos,
poco, poco, muy poco.

Pero de todo queda un poco.
Del puente bombardeado,
de dos hojas de grama,
del paquete
– vacío – de cigarrillos, quedó un poco.

Pues de todo queda un poco.
Un poco de tu mandíbula
en la mandíbula de tu hija.
De tu áspero silencio
un poco quedó, un poco
en los muros iracundos,
en las hojas, mudas, que suben.

Quedó un poco de todo
en el platillo de porcelana,
dragón partido, flor blanca,
quedó un poco
de arruga en tu cabeza,
retrato.

Si de todo queda un poco,
¿ por qué no quedaría
un poco de mí ? ¿ En el tren
que lleva al Norte, en el barco,
en los anuncios de periódico,
un poco de mí en Londres,
un poco de mí en cualquier parte ?
¿ En la consonante ?
¿ En el pozo ?

Un poco queda oscilando
en la embocadura de los ríos
y los peces no lo evitan,
un poco : no está en los libros.

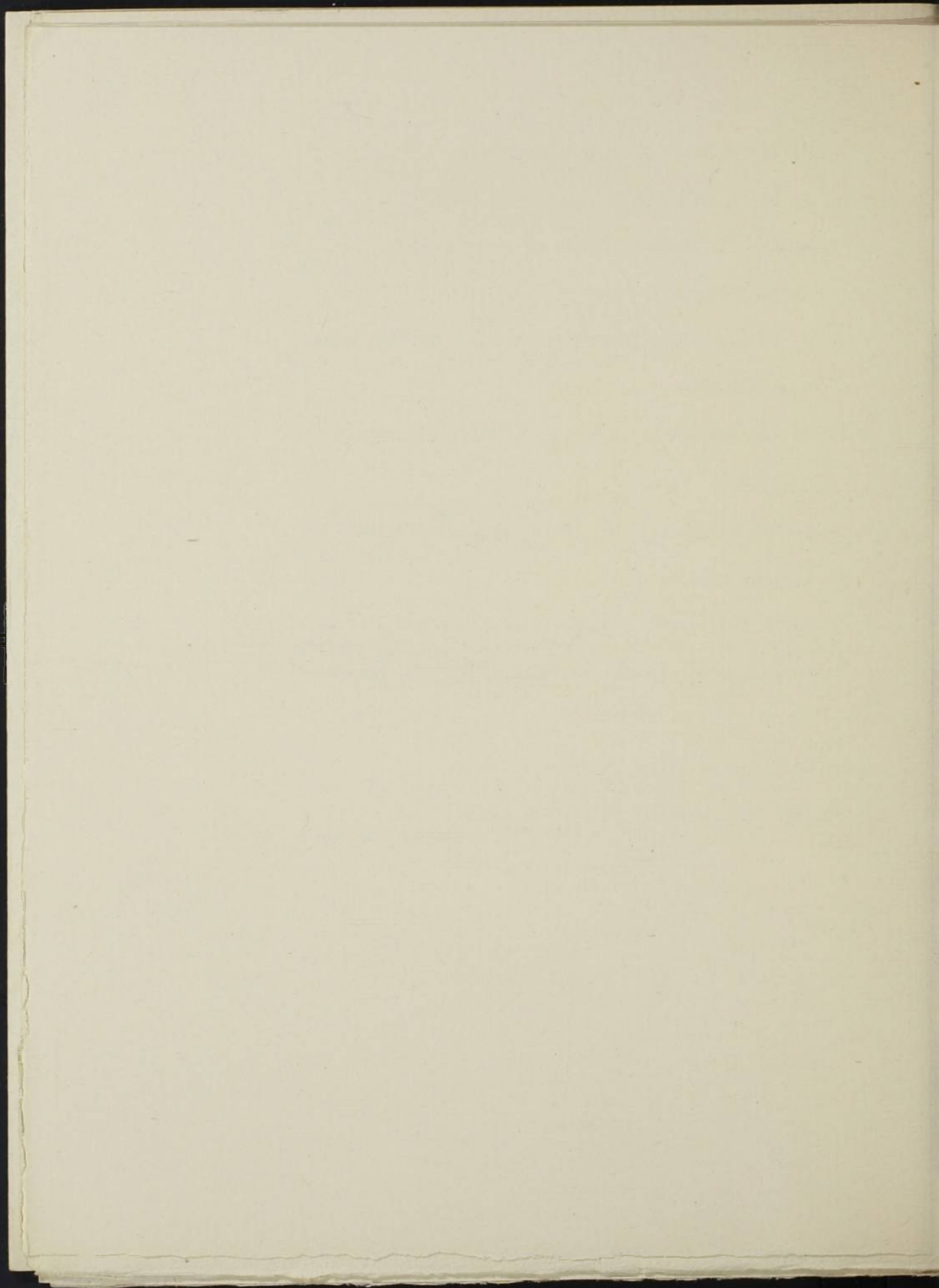
De todo queda un poco.
No mucho : de una espita
cuelga esta gota absurda,
medio sal y medio alcohol,
salta esta pierna de rana,
este vidrio de reloj
partido en mil esperanzas,
este cuello de cisne,
este secreto infantil...
De todo quedó un poco ;
de mí, de tí, de Abelardo.
Cabello en mi manga,
de todo quedó un poco ;
viento en mis oídos,
torpe eructo, gemido

de víscera no conformada,
y minúsculos artefactos:
alvéolo, cápsula
de revólver... aspirina...
De todo quedó un poco.

Y de todo queda un poco.
Oh, abre los frascos de loción
y sofoca
el insoportable mal olor de la memoria.

Pero de todo, terrible, queda un poco,
y bajo las olas del mar,

y bajo las nubes y los vientos,
y bajo los puentes y bajo los túneles,
y bajo las llamas y bajo el sarcasmo,
y bajo la flema y bajo el vómito,
y bajo el sollozo, la cárcel y cuánto ha sido
 olvidado,
y bajo los espectáculos y la muerte de es-
 carlata,
y bajo las bibliotecas, los asilos, las iglesias
 triunfantes,
y bajo tú mismo, y bajo tus pies ya duros,
y bajo los goznes de la familia y de la cla-
 se,
queda siempre un poco de todo.
A veces un botón. A veces una rata.



ESTANCIAS

AMOR? ¿Amar? Palabras que oí, ya no
recuerdo
donde: tal vez entre rejas solemnes, en un
calcinado y lacerante lugar que regamos
de furia,
éxtasis, adoración, temor. Tal vez en el mí-
nimo
territorio amenazado por espuma y gneis,

donde apenas si puede
respirar un niño – ¡pero qué asustado! ¡Y
qué presagios
de sus cabellos se desenrollan! Sí, oí ha-
blar de amor, en hora
infinita, bien que sepultada en la más cru-
jiente arena
que los pies pisan, pisan, y a su vez – es
ley – desaparecen.

Y oí hablar de amar, como de un don a
pocos ofrecido o un crimen.

De nuevo estas palabras, pídotte. Escánde-
las sobriamente

o grítalas a la cara de los hombres. Desata
a los petrificados. Aturde

los tallos en el acto de crecer. Repite: amor,
amar.

El aire se crispa, de oirlas. Y más allá del
tiempo resuenan remos
de oro, azotando el agua transfigurada.

Corrientes

caen. Resurge en nosotros lo antiguo, lo
nuevo, lo que de nada
extrae forma de vida – y no de confianza:
de desasosiego se nutre.

Ved cómo la posesión antigua en la de hoy
se refleja, y confúndense.

Y cuantos de ese mal un día – están muer-
tos – habían sollozado
habitan nuestro cuerpo reunido y con nos-
otros lloran.

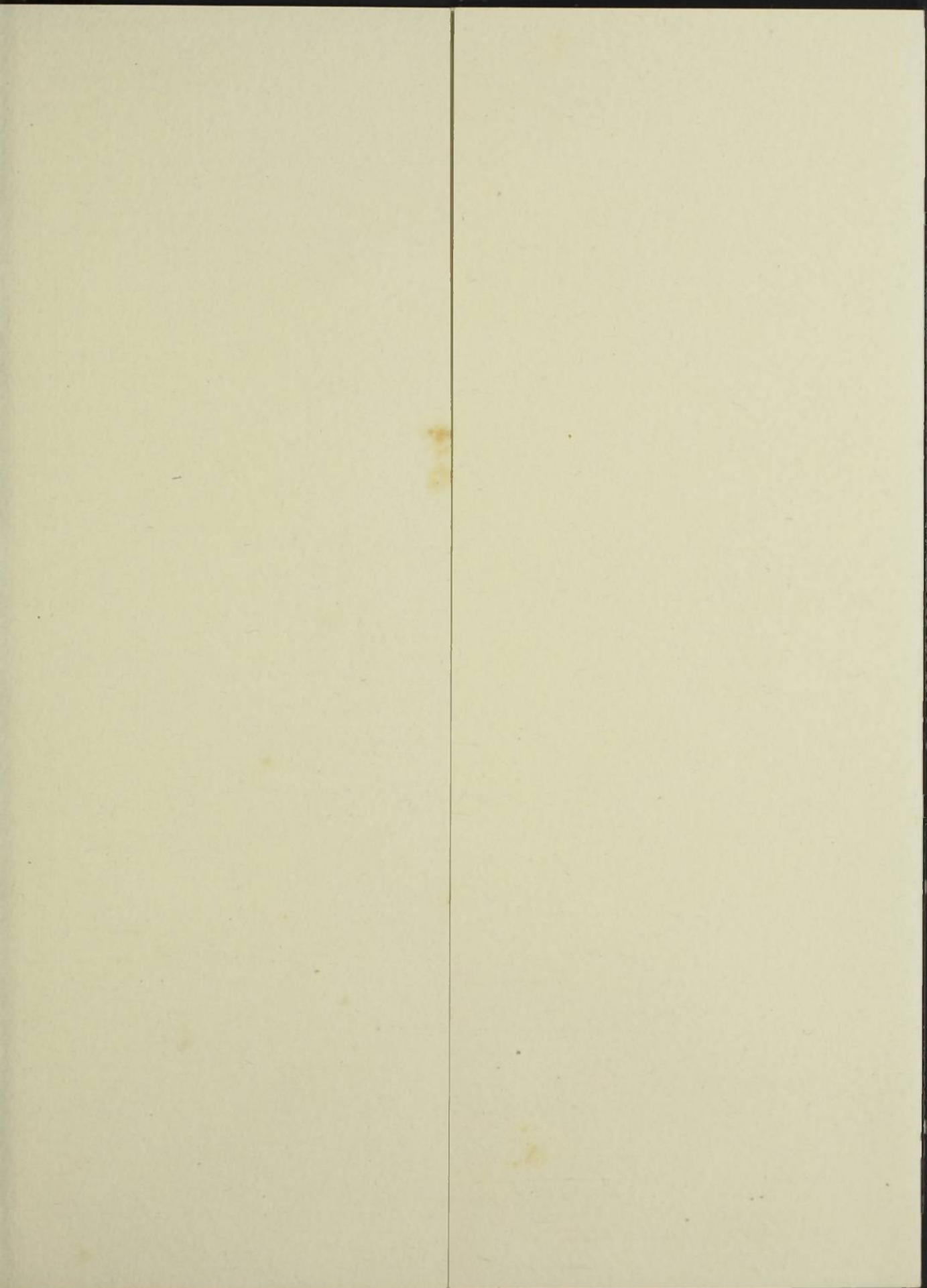


*Esta edición consta
de 120 ejemplares
en papel de hilo verjurado*

JOÃO CABRAL DE MELO

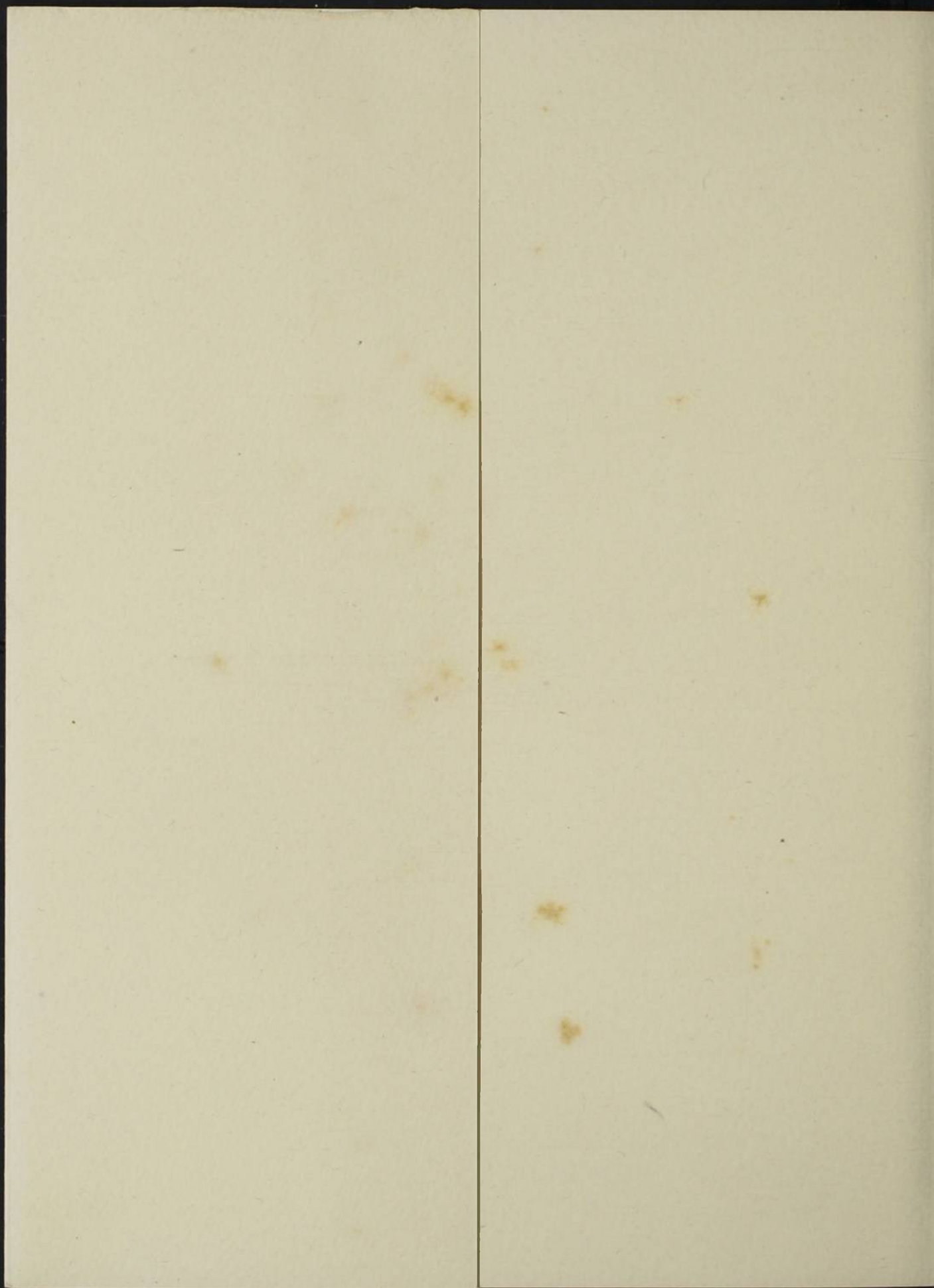
impresor

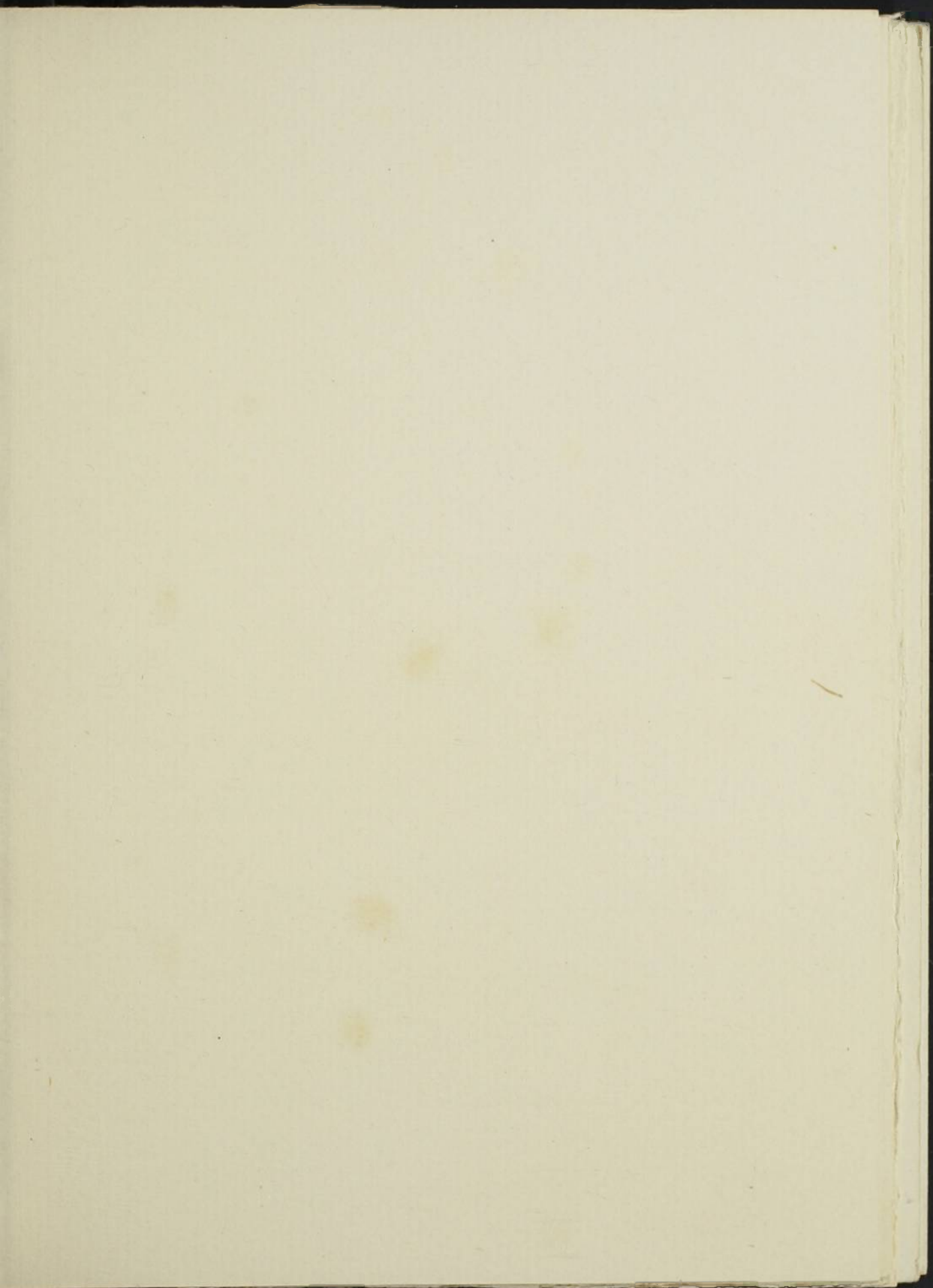
26553

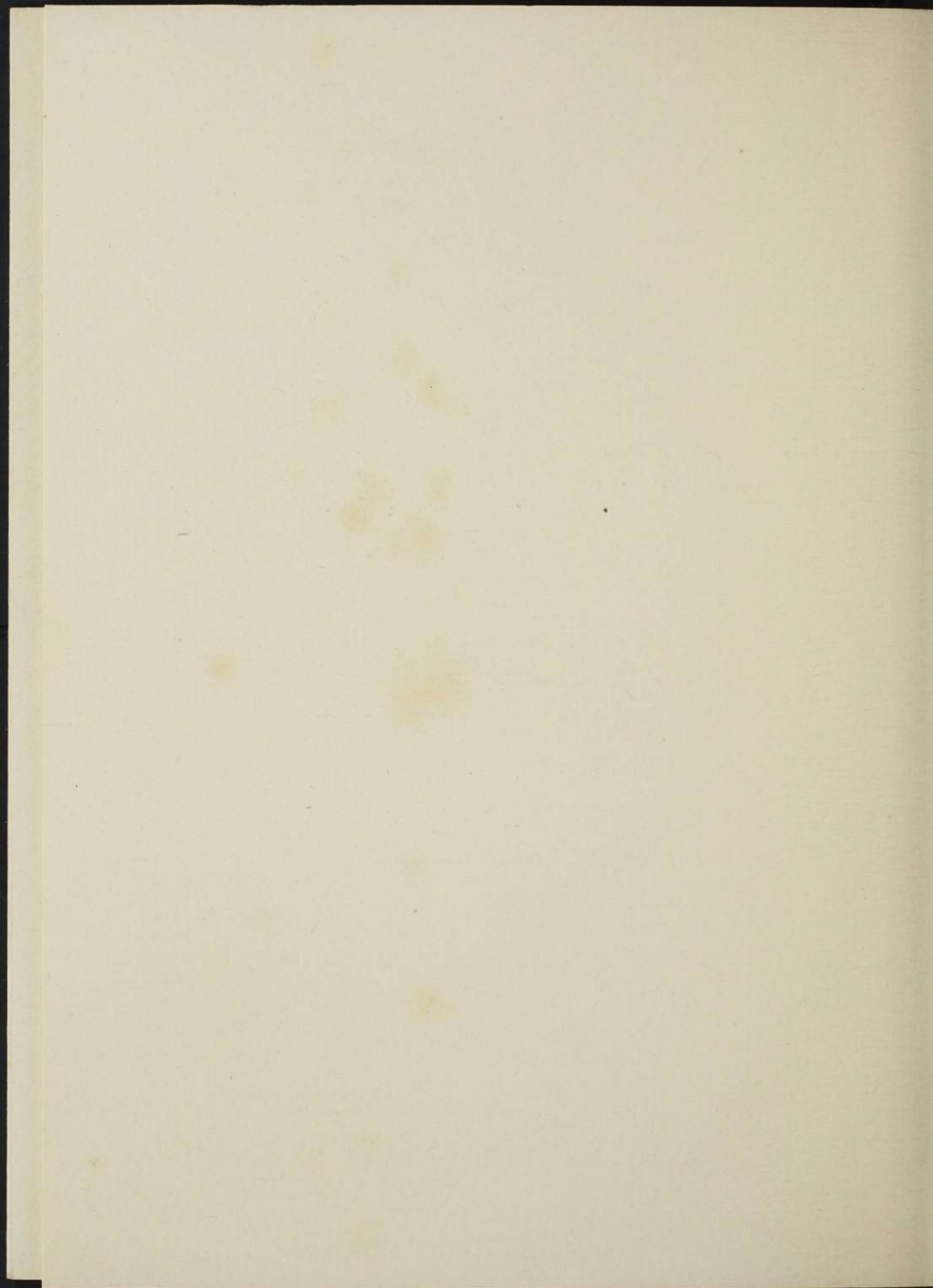




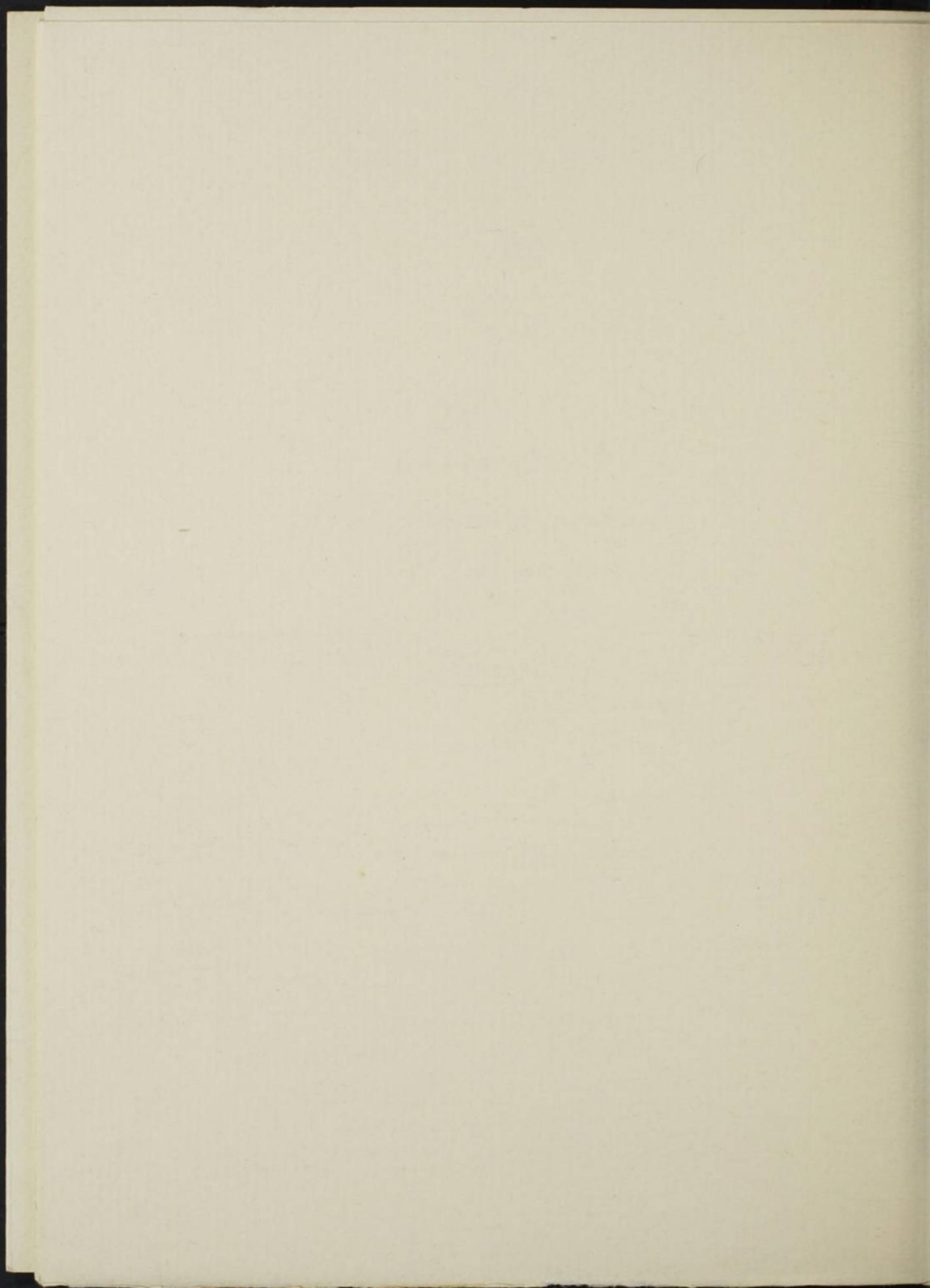
AUGUSTO FREDERICO
SCHMIDT







ANTOLOGÍA
de poetas brasileños
de ahora



ANTOLOGÍA

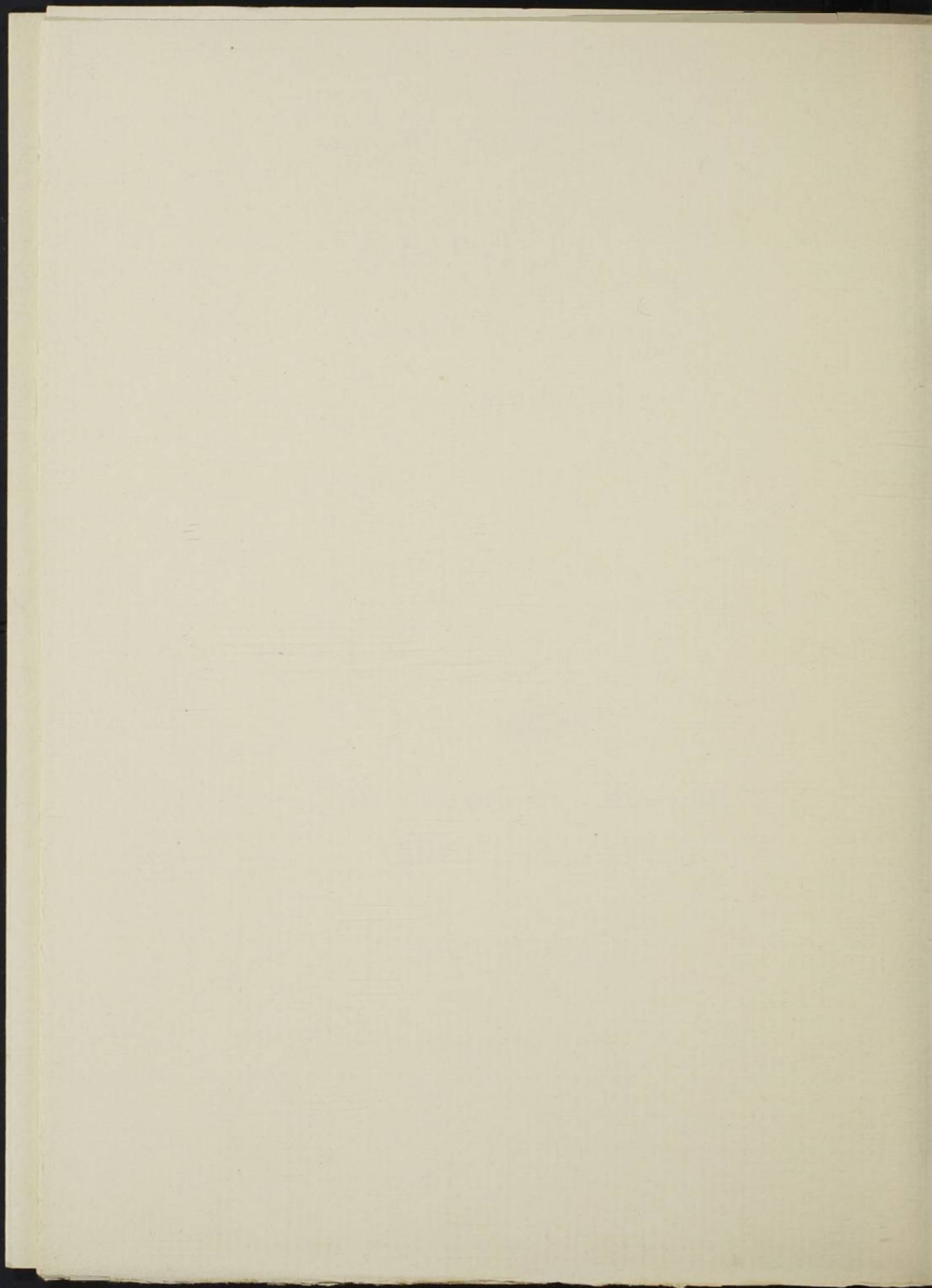
de poetas brasileños

de ahora



selección y traducción de

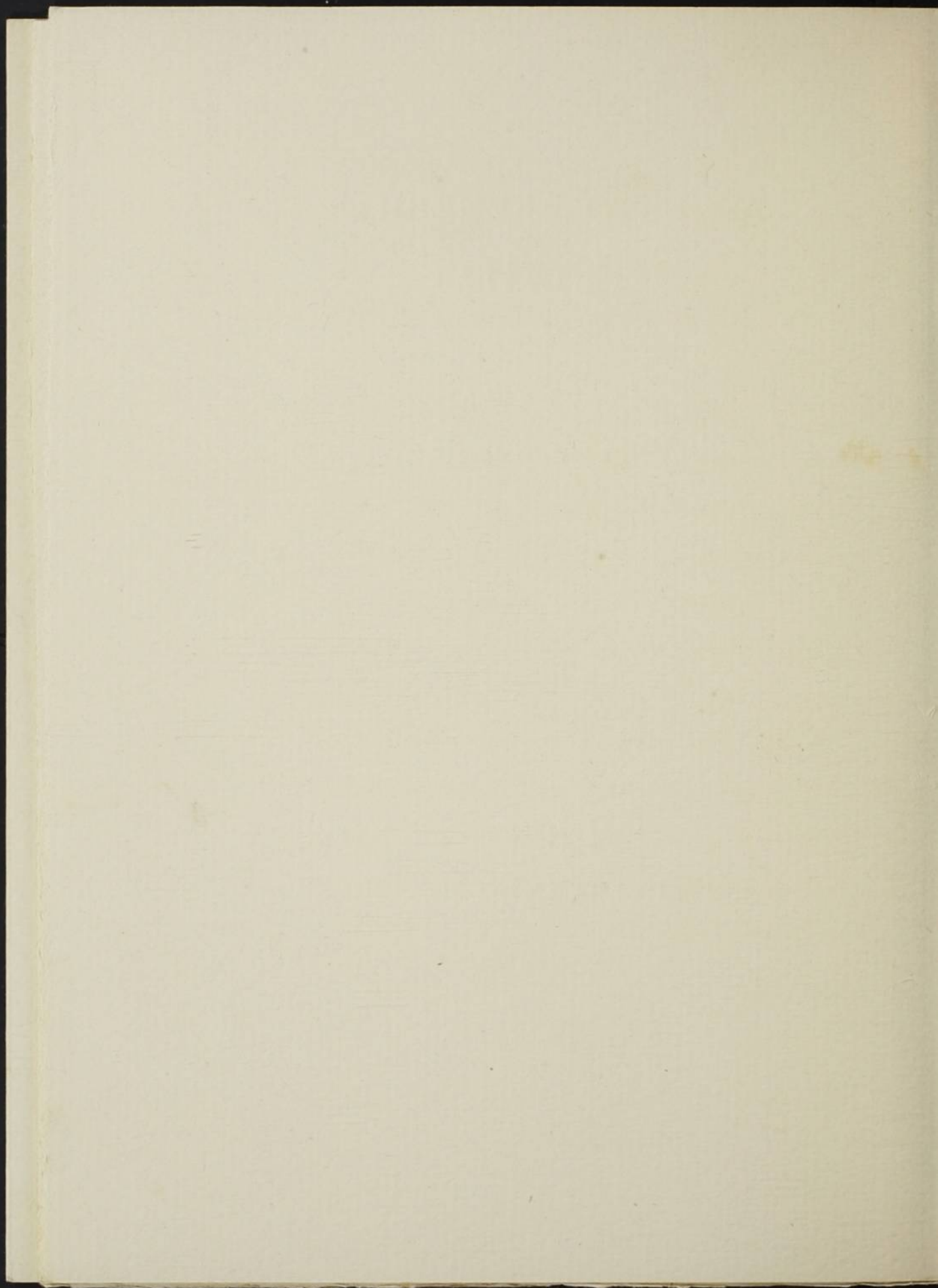
ALFONSO PINTÓ



AUGUSTO FREDERICO
SCHMIDT

la vuelta
del hijo pródigo

el libro
INCONSÚTIL



EL Hijo Pródigo era nocturno.

Sus ojos vivían escondiendo deseos de fuga.

El Hijo Pródigo soñaba con los festines y los caminos de este mundo,

cuando, en la mesa sombría, la familia se reunía para el alimento de la noche, después de los trabajos ásperos del campo.

El Hijo Pródigo tenía propósitos y sueños.

El mismo no sabía por qué, pero se sentía diferente de los otros, de los que habían nacido en la vasta casa paterna, de los que trabajaban con el padre en el engrandecimiento y en la prosperidad familiar.

El sentíase desgajado del viejo árbol
cuyas raíces se habían fijado desde los tiempos
indecisos y desnudos
en esa misma tierra, en esa misma hacienda,
que el sudor del padre, del hermano mayor,
de los parientes y de los siervos,
había hecho crecer y aumentar más cada vez.

El Hijo Pródigo sufría y sus ojos buscaban
en la noche antigua
el camino, nuevo y misterioso, de evasión,
y su sueño era difícil y visitado por las imágenes
que un loco deseo modelaba...
Y mientras en el hogar tranquilo los otros
dormían y encontraban en el abandono

no nocturno

la reparación de las largas fatigas del día,
el Hijo Pródigo era asaltado por los espe-
jismos y las tentaciones.

Formas calurosas y labios frescos le insta-
ban al viaje,
a la disipación y el abismo.

Y no encontraba consuelo ni en el amor
paterno,

ni en las cosechas, ni en el pastoreo de los
humildes rebaños, ni en el amor de
las siervas

y de las sencillas mujeres de los países ve-
cinos al país de su padre,

y no encontraba consuelo ni en el cielo, ni
en las estrellas

que envolvían los campos, los ríos y los raros techos pacíficos y alegres.

Al propio hermano, al nacido del mismo amor conyugal,
al formado en el mismo vientre,
al hermano que había compartido su mundo de alegrías, sufrimientos y asombros en las tierras perdidas de la infancia,
no le amaba, porque le sentía diferente,
y tenía para él, siempre inalterable, el mismo sentimiento prevenido,
como de un hombre que mira a otro hombre por primera vez.

Cuando pidió al padre que le entregase la

parte que poseía en la hacienda y en
la fortuna común,
su gesto fué como un fruto maduro que la
mano indiferente del tiempo cogiera
del árbol.

Cuando pidió al padre que le entregase lo
que poseía,
su corazón no se turbó con el dolor súbi-
tamente revelado en la ruda fisono-
mía paterna.

Es que el Hijo Pródigo, en el momento en
que se dirigió al padre para reclamar,
ya había decidido partir para el viaje que
le atormentava y consumía.

Es que en la hora en que habló de la se-
paración

su espíritu ya estaba en camino para el
encuentro con la vida,
para el encuentro con el vacío y con las
sombras que están tras la luz y las
multitudes,
para el encuentro con el silencio y el frío
que se esconden en lo hondo de los ruidos
de la alegría y en el calor de las disi-
paciones y de las holganzas.

NADA es tan triste como la mirada del padre que se despide del hijo.

Nada es tan triste como la mirada del padre

que siente y comprende al fin que el hijo es distinto a él

y que tiene un camino distinto a su camino.

Nada es tan triste como la mirada de un padre

que súbitamente reconoce en el hijo

otro hombre, con pensamientos desconocidos,

con ambiciones escondidas, con deseos fríos y ásperos

guardados en el corazón ya distraído del
corazón paterno.

Nada es tan triste como la mirada de un
hombre

que fundó en lo efímero la eternidad de
un sentimiento

y reconoce al fin que el destino sonríe de
su desgarró.

Nada es tan triste como las manos que se
levantan para la última bendición so-
bre la inquieta cabeza de un hombre
que fué un día menudo en los paternos
brazos y creció al lado del padre pro-
tector y vigilante

y principió a pensar y a caminar,
a sufrir los primeros sufrimientos y las ale-
grías primeras,

amparado por el abrigo del que le transmitió el misterio, gloria y dolor de esta vida.

El padre que vió al hijo partir para las nupcias con el mundo es un ser al que la soledad del destino del hombre ya se reveló desnuda y terrible.

. . . .

El hijo que no derrochó su fortuna,
el hijo que no sintió el deseo de partir,
el hijo que allí permaneció en las grandes
noches,
después de los trabajos de los campos,
junto al fuego del hogar,
participando de la vida sencilla,

de la mesa generosa y pródiga,
– ése que no guardó los inmundos rebaños
como el último de los siervos,
ése que no se durmió de fatiga, dejando
caer en el polvo del camino la cabeza,
como un fruto podrido que el viento des-
prende,
el que no hizo sangrar el corazón paterno
en las horas en que el recuerdo del ausente
humedecía los grandes ojos antiguos,
ése no comprenderá la alegría con que el
padre vió surgir escuálido y famélico
al que volvía para su amor.
Sólo la ausencia da el exacto valor a los
seres que amamos.
Es preciso perder el amor para que el amor
esté en nosotros y en nosotros se revele

en toda su profundidad.

Es preciso que la ausencia haga estremecer las raíces

de lo que nos es precioso, para que podamos sentir

cuán diferente es el que se nos ligó

sustancialmente y el que está en nosotros

como el color en la superficie de las aguas

y como la nieve en los caminos que el primer rayo de sol deshace.

El sentimiento del padre, al ver volver al hijo,

fué de alegría, de esa alegría que el amor hace nacer,

de esa alegría desinteresada y pura;

y la alegría del padre apagó los dolores del abandono y de la ingratitud.

«Alegraos», gritó a los que le rodeaban.
«El que estaba perdido ha sido encontrado,
el que estaba extraviado ha vuelto al hogar
el que estaba ciego recobró la vista».

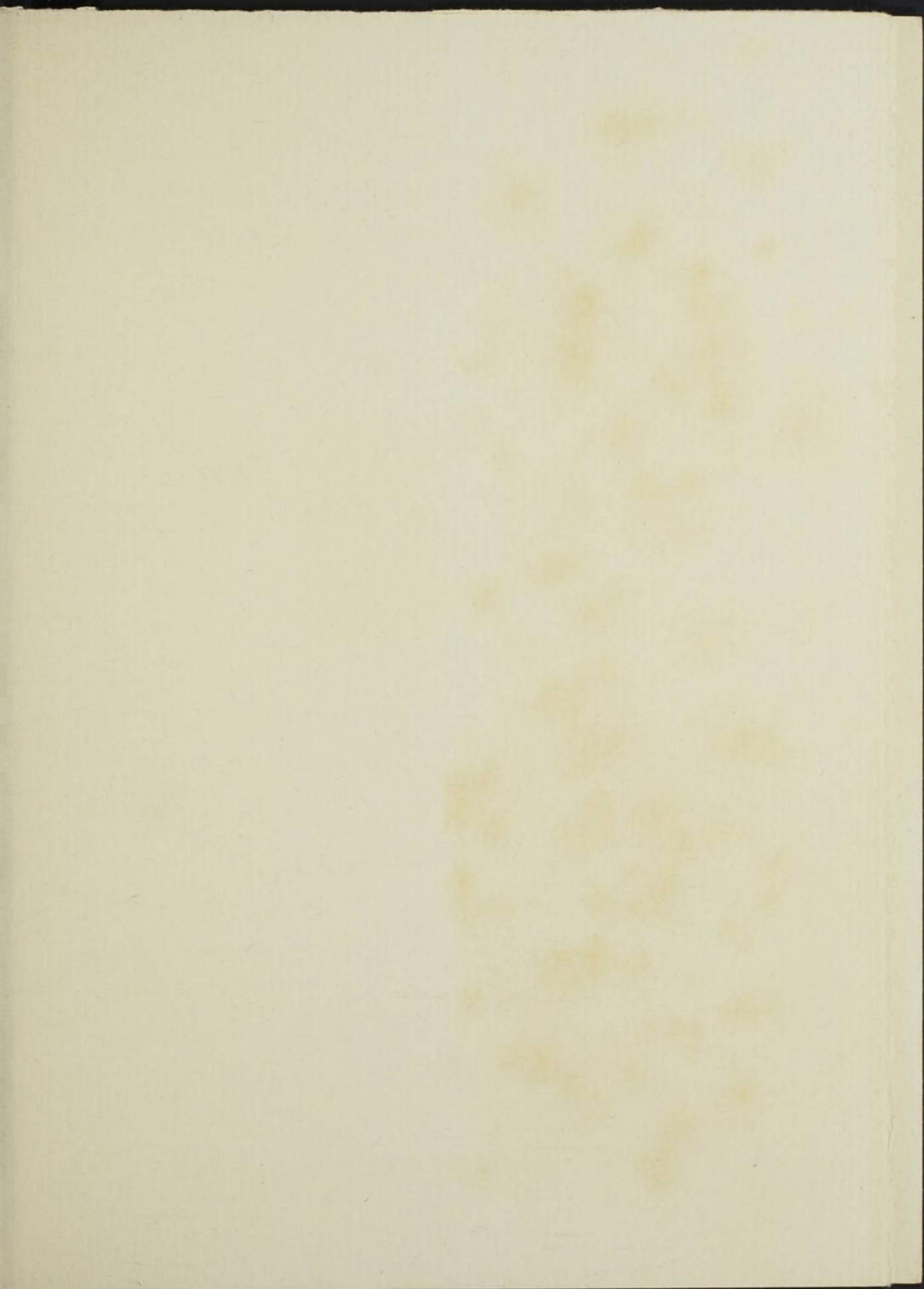
Sin embargo, el que estaba perdido en la
perdición del hijo era el propio padre,
que ése es el destino del que ama,
tal es el destino del hombre a quién Dios
transmitió
la gracia de crear,
la gracia de hacer que el hombre
transmita a su semejante, por el fecundo
milagro del amor,
la gloria y el martirio de vivir.

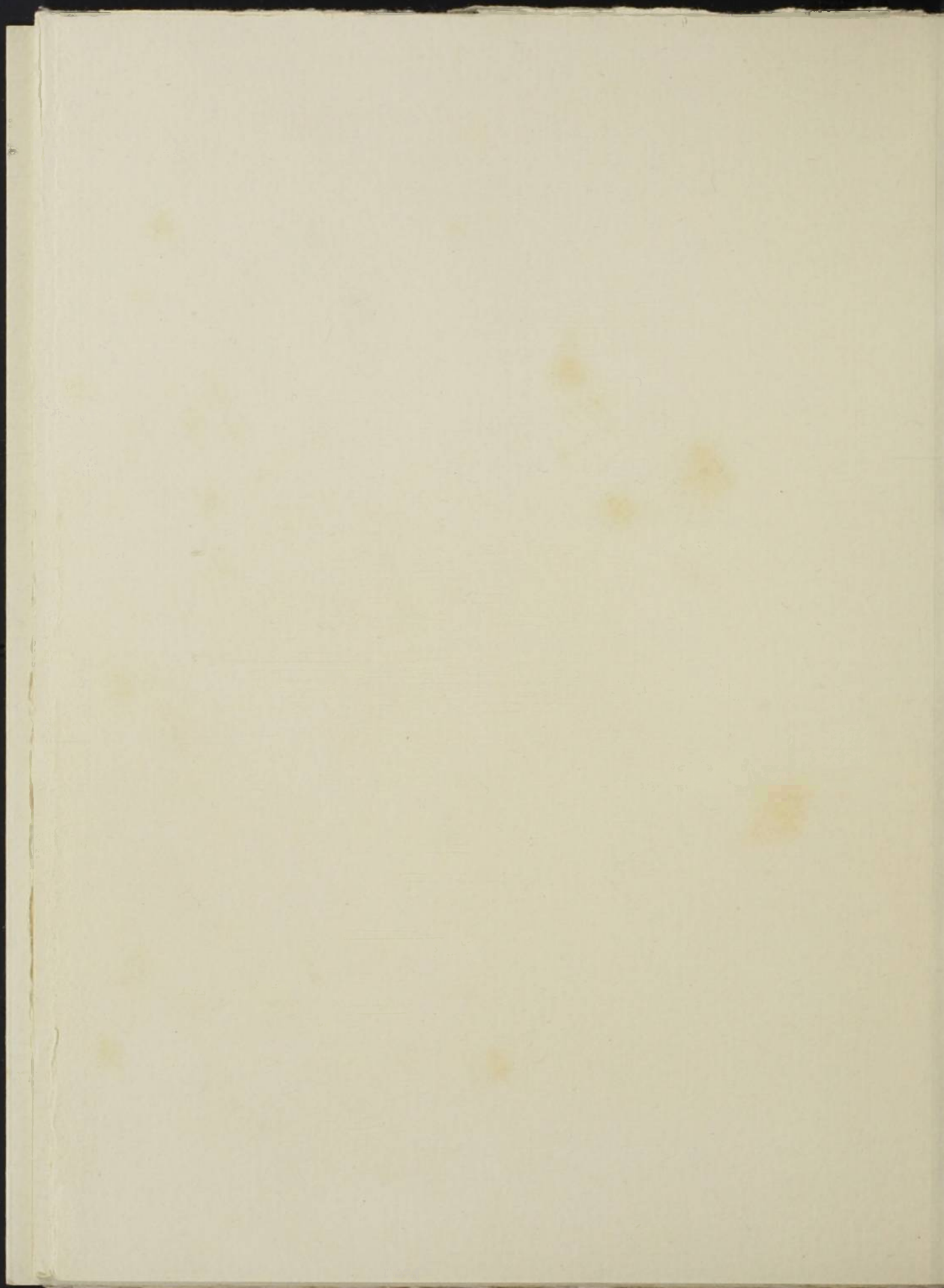


*Esta edición consta
de 120 ejemplares
en papel de hilo verjurado*

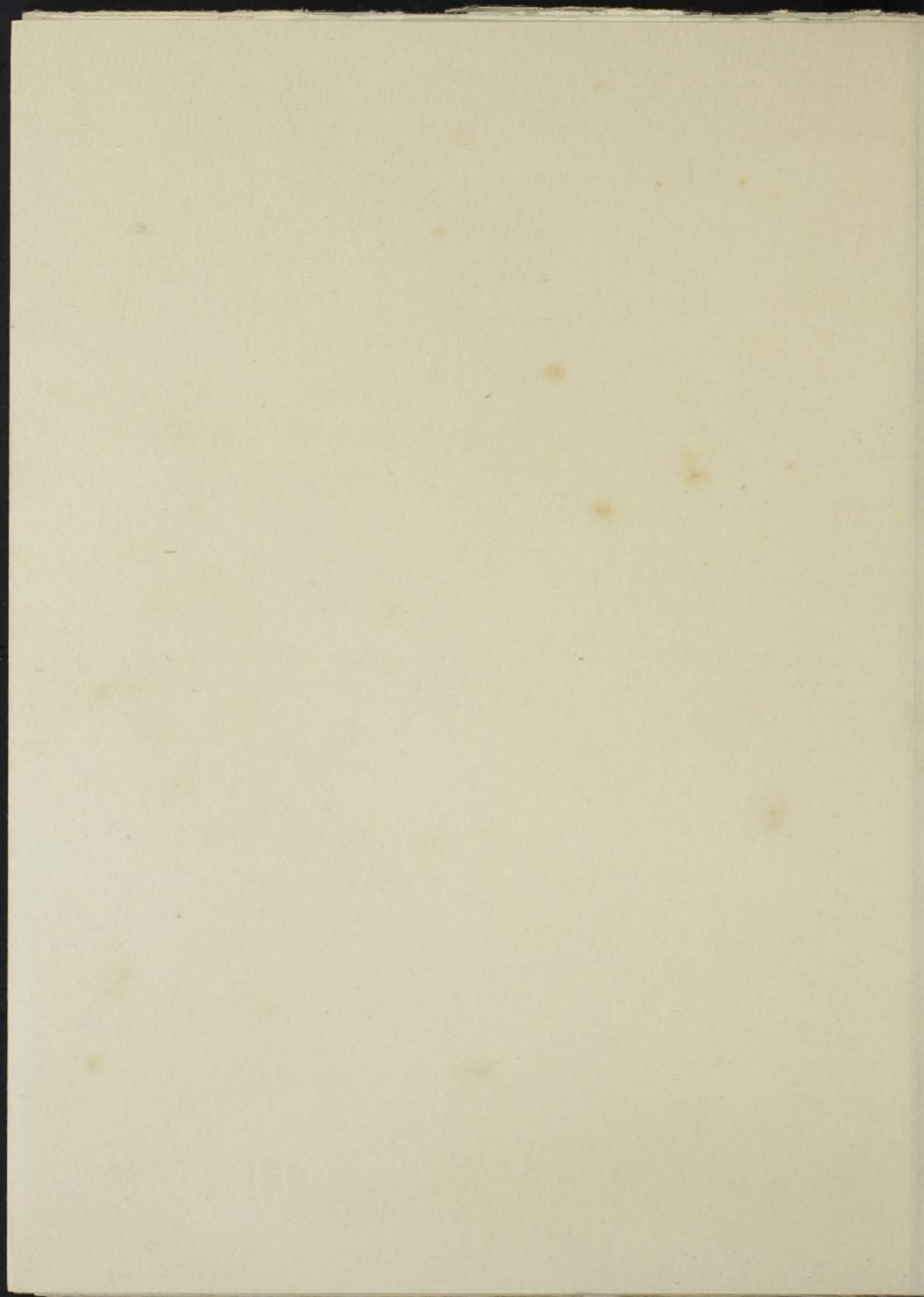
JOÃO CABRAL DE MELO

impresor

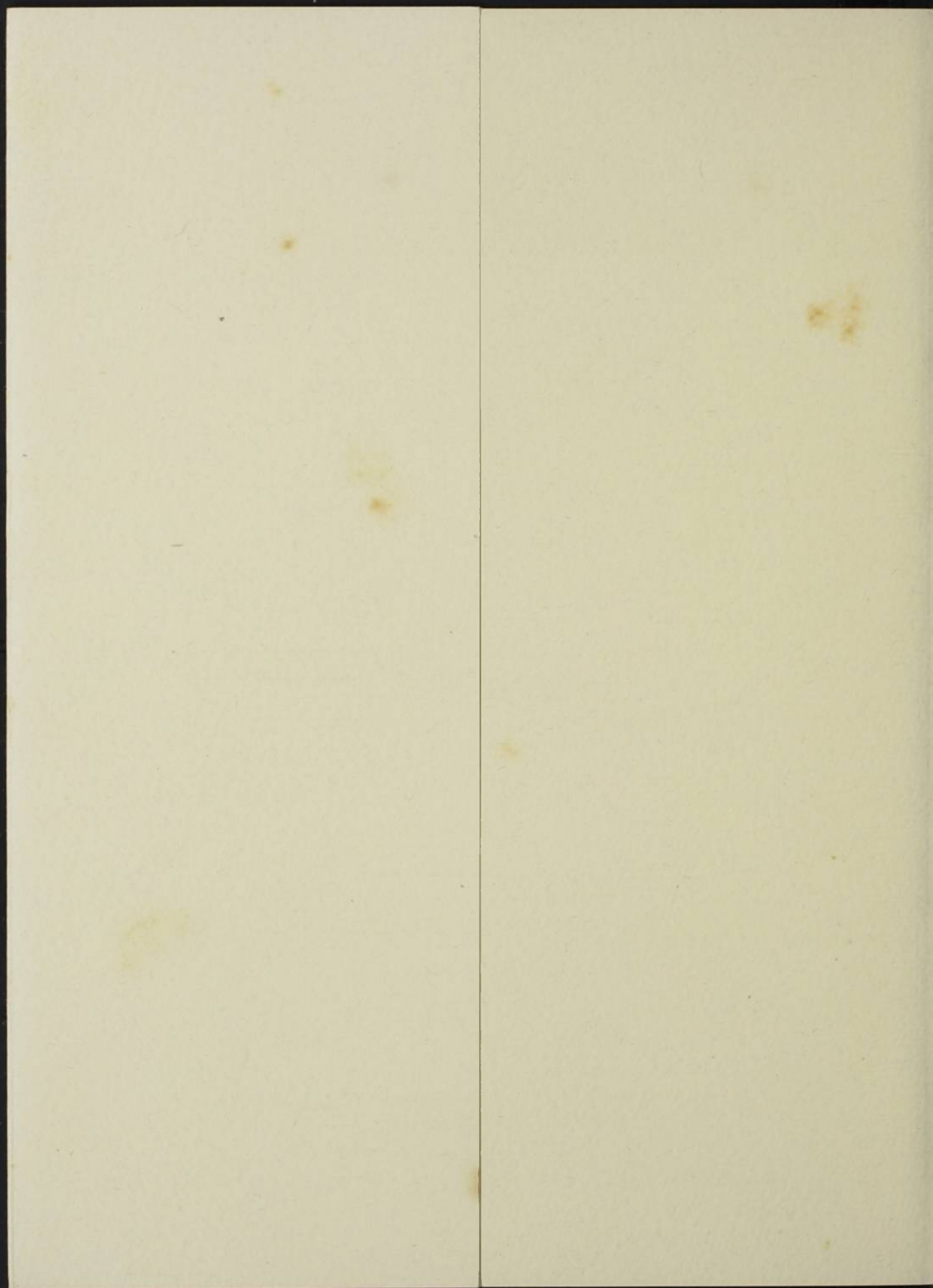


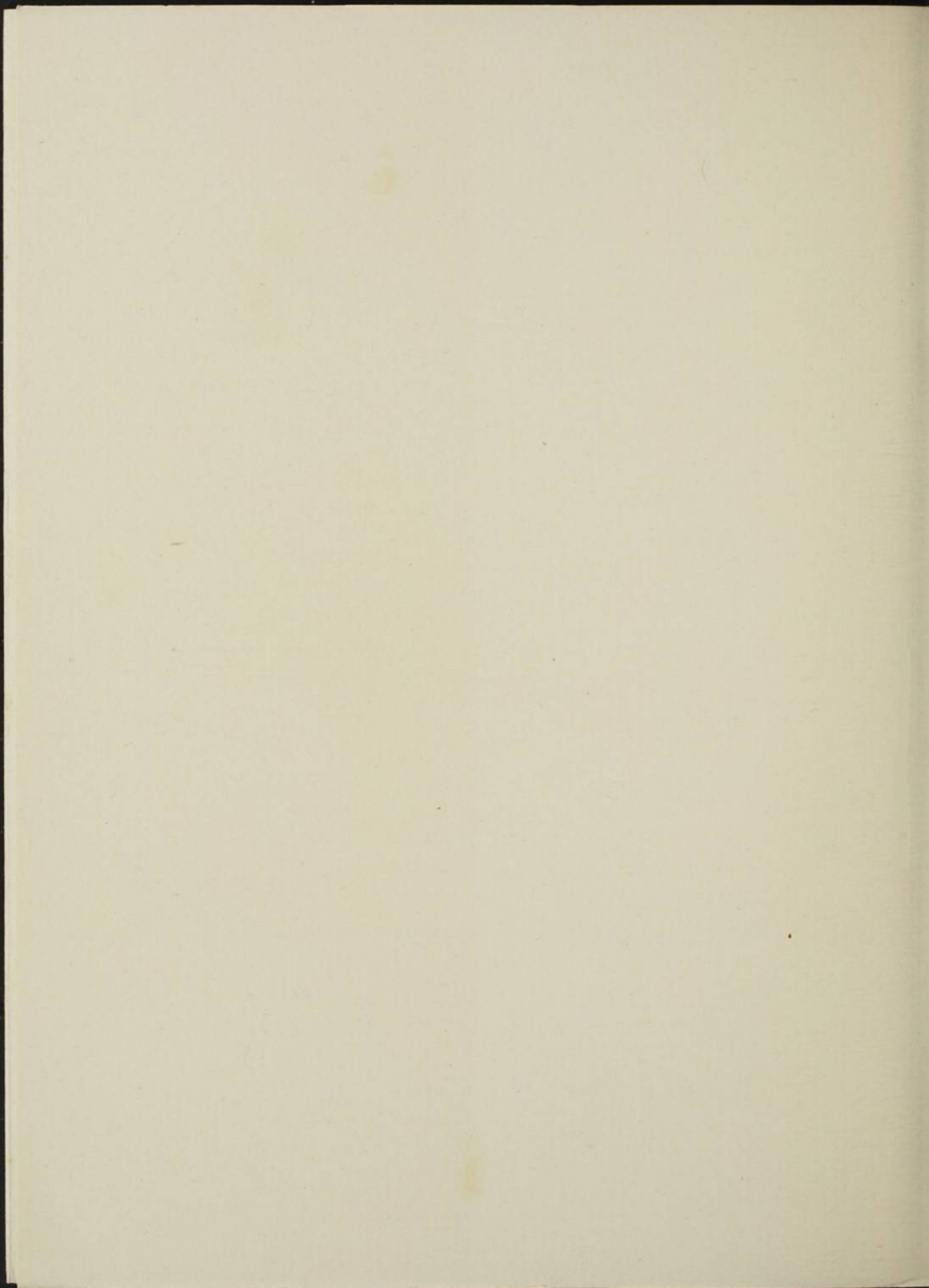




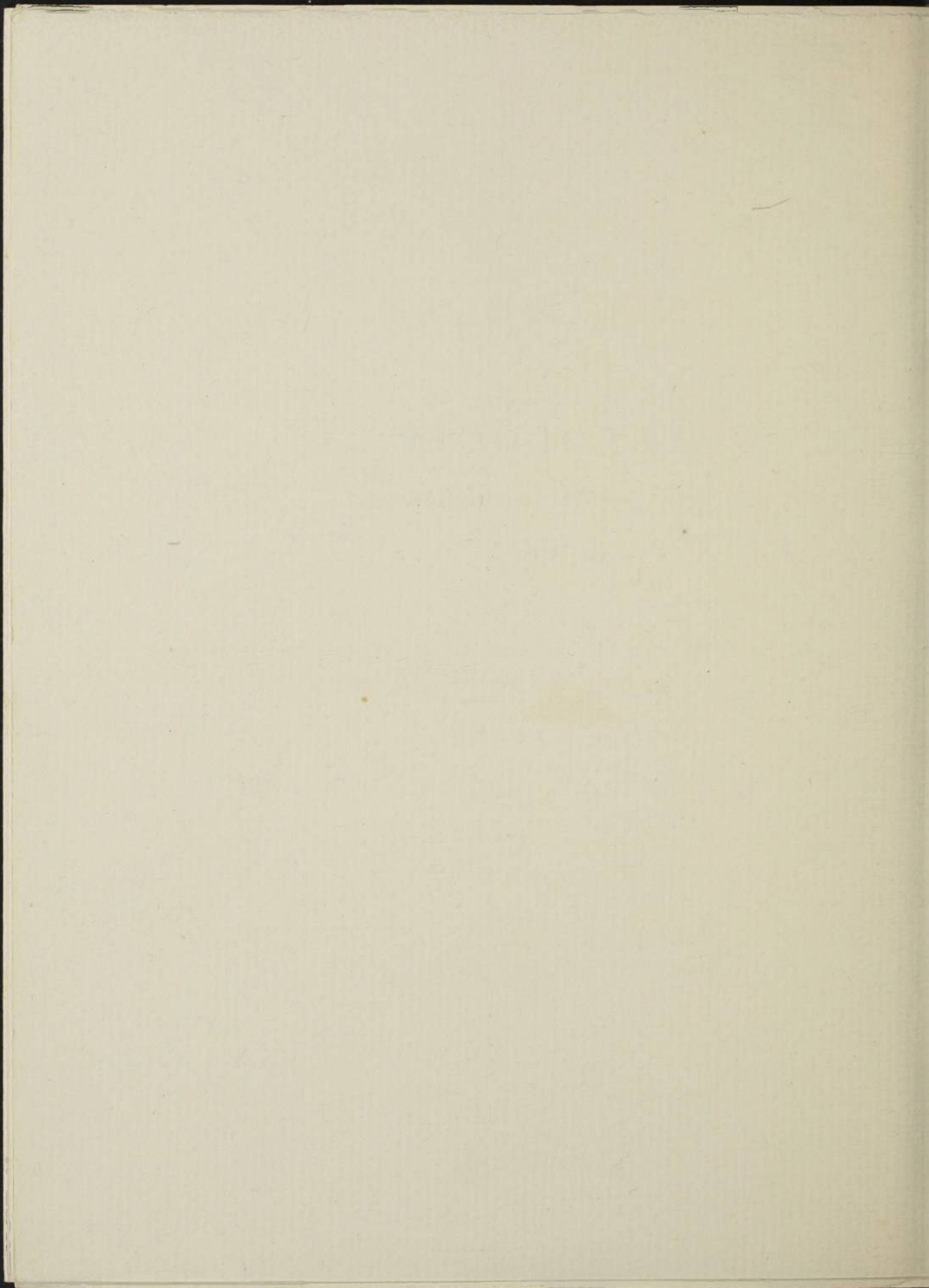


VINICIUS DE MORAES





ANTOLOGÍA
de poetas brasileños
de ahora



ANTOLOGÍA

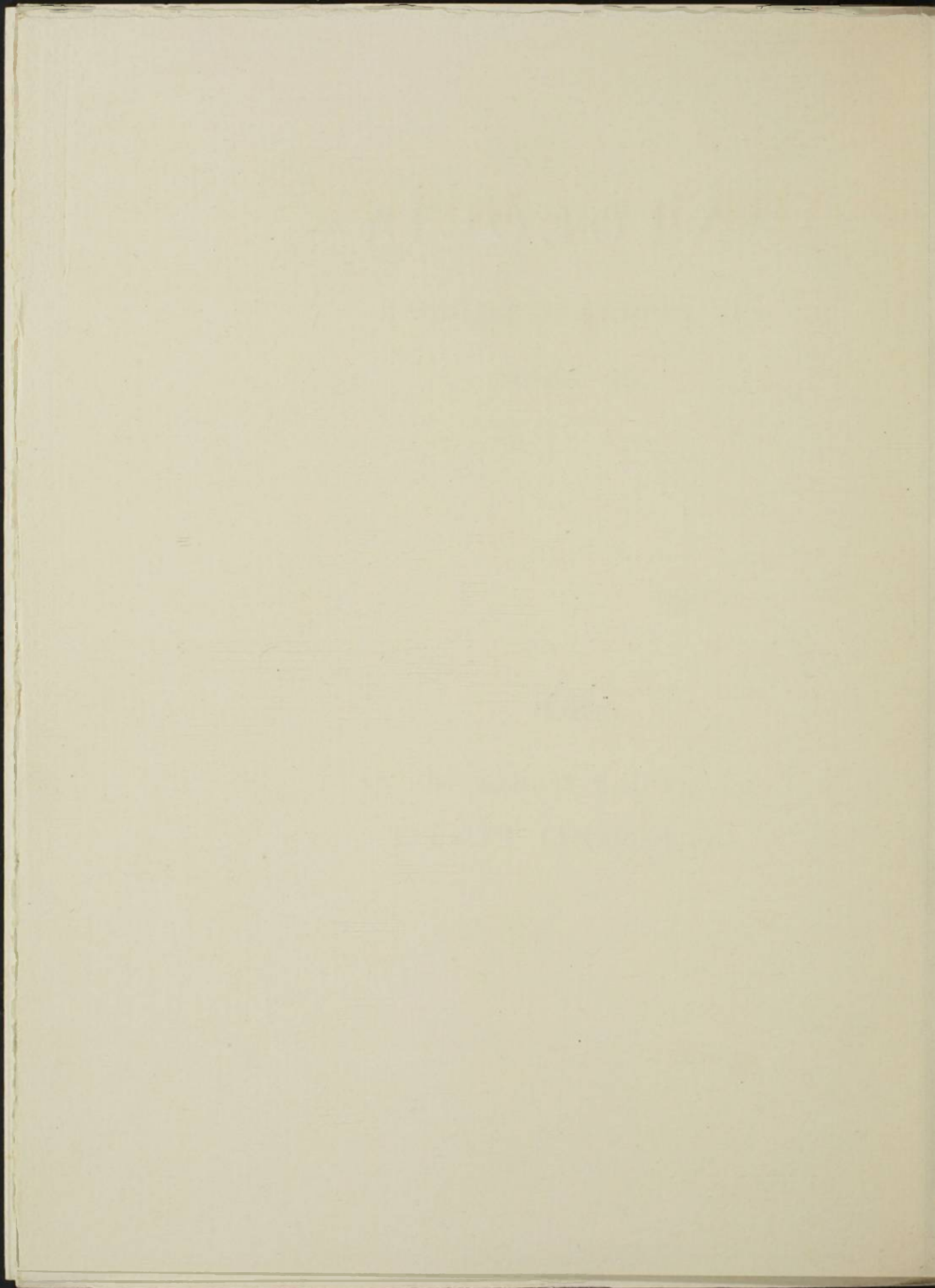
de poetas brasileños

de ahora



selección y traducción de

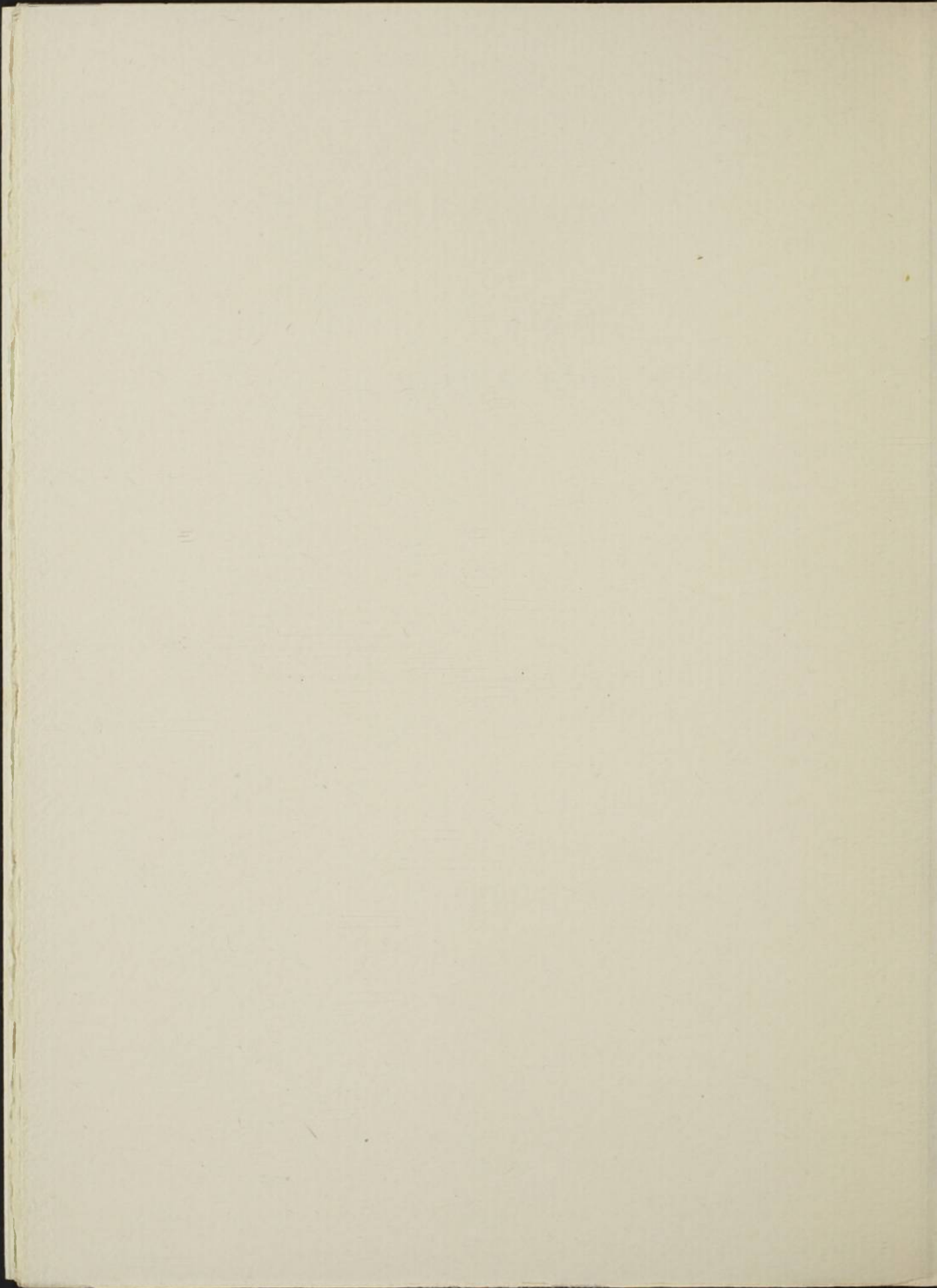
ALFONSO PINTÓ



VINICIUS DE MORAES

elegía
al primer amigo

el libro
INCONSÚTIL



SEGURAMENTE NO soy yo,
o mejor: no es el ser que yo soy, sin fina-
lidad y sin historia.

Es más bien el deseo indecible de hablarte
dulcemente,
de hacerte recordar tanta aventura vivida,
tanto meandro de ternura
en este momento de soledad y peligro des-
mesurado en que me encuentro.

Tal vez sea el niño que escribió un soneto
el día de tu cumpleaños,
y te confesaba un terrible pudor de amar,
y lloraba a escondidas
porque muchos dudaban de una intelligen-
cia que él creía genial.

Seguramente no es mi forma:

La forma que entreví una tarde en la mon-
taña y me hizo temer tan tristemente
mi propia poesía.

Apenas es anuncio del misterio,
suspiro de la muerte íntima, aún no desen-
cantada.

Vine para ser recordado,
para estremecerme de emoción o llorar.
Vine a oír el mar contigo,

como cuando soñar con la mujer nos alu-
cinaba y todavía
sonreíamos a la luz fantástica del mañana.
Nuestros ojos ennegrecían de dolor,
nuestros cuerpos duros y insensibles
caminaban leguas – y éramos todo
para aquél que, entre nosotros, herido de
belleza,
aquél de rostro de piedra,
de manos asesinas y cuerpo hermético de
mártir,
nos creaba y destruía a la sombra convulsa
del mar.
Poco importa el pasado, que aún pueda
verte
subir o descender los fríos valles

a los que ya no iré, yo
que en ellos me perdí tantas veces para
afrontar el miedo a las tinieblas.

Traes de tu brazo a la compañera dolo-
rosa,

ésa a quien te abandonaste como quien se
abandona al abismo, por quien can-
tas tu desespero como un gran pájaro
sin aire.

Tan bien te conozco, hermano mío. Aun-
que no sepa

quien eres, amigo, tú que inventaste la an-
gustia

y encerraste en ti todo lo patético.

No sé por qué he de hablarte así: Sé
que te amo con una poderosa ternura que

nada pide y nada da,
inmediata y silenciosa; sé que si murieras
nada grave diría. Ciertamente
fué la temprana lluvia que llegó a mi cuar-
to de mendigo
con su azul de otoño, su olor a rosas y
viejos libros...

Pensar en ti ahora, en el viejo camino, me
da tanta añoranza de mí mismo,
despierta tantas cosas, recuerda tanto ins-
tante vivido :

Todo esto que hoy le dirás a tu amiga, y
que en una incomparable aventura
juntos descubrimos,
— como si nuevamente viniera a mis ojos
la inocencia con que un día dormí en

brazos de aquella mujer que me que-
ría asesinar.

Sí. Todavía tengo pudor al decirlo :
os amo enormemente a los dos;
sin embargo, delicadamente, me despren-
deré de vuestra compañía. Quedaré
atrás, atrás...

Existo también. Desde un lugar
una mujer me ve vivir. De noche, a veces,
oigo desiertas voces
que me llaman para el silencio.

Sufro
el horror de los espacios,
el pánico del infinito,
el tedio de las beatitudes.

Renacen las manos

que arranqué de mis brazos,
que habían vivido sexos nauseabundos,
senos en putrefacción.

Ah, hermano mío, cuánto sufro. Desde un
lugar, en la sombra,
una mujer me ve vivir... – perdí el hilo
de la vida
y el equilibrio de la luz. Soy como un pan-
tano bajo la luna.

HABLARÉ quedamente
para no perturbar a tu amiga adormecida.
Seré delicado. Soy muy delicado. Me mue-
ro de delicadeza.

Todo me merece una mirada. Llevo
en los dedos una constante caricia para a-
cariciar. En la boca
un constante beso para besar. Mi barba es
delicada en la piel de las mujeres.

Mato con delicadeza. Hago llorar delicadamente

y me deleito. Inventé el cariño de los pies :
mi palma

áspera, de niño isleño, roza con delicadeza
el cuerpo de una adúltera.

De verdad: soy hombre de muchas mujeres,
con todas delicado y atento.

Si me fatigan, las abandono delicadamente
y me desprendo de ellas con dulzura de agua.

Si las quiero, soy más delicado todavía.

Todo en mí
desprende ese flúido que las envuelve de
manera irremisible.

Soy un tierno energúmeno. Pegué sólo a

una mujer,
pero con singular delicadeza. No soy bueno
ni malo: soy delicado. Preciso ser delicado
porque dentro de mí mora un ser feroz y
fratricida

como un lobo. Si no fuese delicado
dejaría de ser. Nadie me injuria
por ser delicado. Tampoco conozco
el don de la injuria.

Mi comercio con los hombres es leal y de-
licado. Respeto hasta el absurdo
la libertad ajena. No existe
ser más delicado que yo. Soy un místico
de la delicadeza,
un mártir de la delicadeza. Soy
un monstruo de delicadeza.

SEGURAMENTE NO SOY YO:
acaso la tarde, detenida,
me impide pensar. Ah, amigo mío,
quisiera poder decirte todo. Sin embargo,
he de desprenderme de todos los recuer-
dos; desde un lugar
una mujer me ve vivir, me llama; he de
seguirla. Seguiré a todas las mujeres
en mi camino – hasta que sea éste

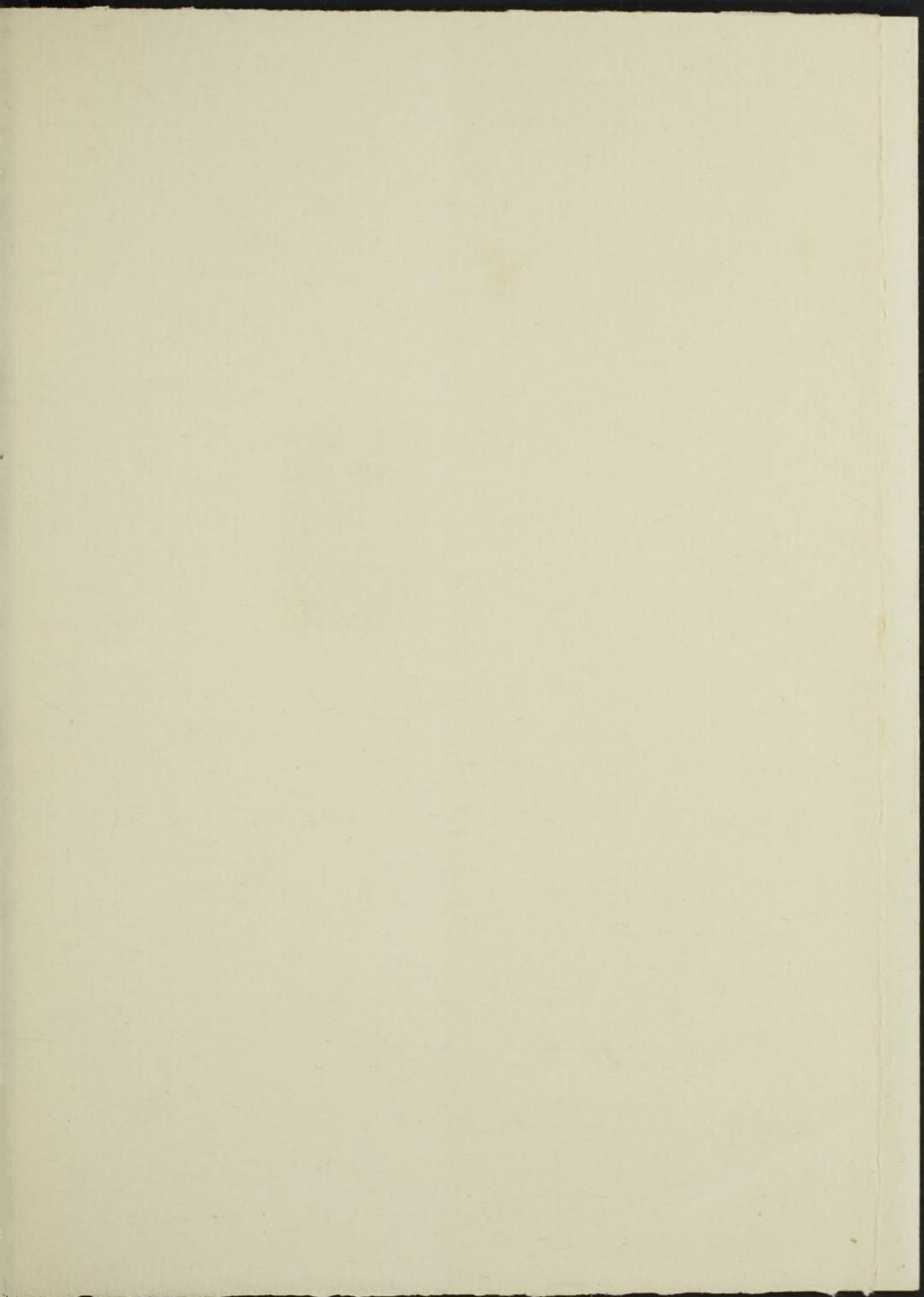
huellas dispersas. Y al fin sólo me reste
el sentimiento de esta misión y el consuelo
de saber
que amé, y que entre la mujer y yo algu-
na cosa existe
mayor que el amor y la carne, un secreto
acuerdo, una promesa
de socorro, de comprensión, de fidelidad
para la vida.

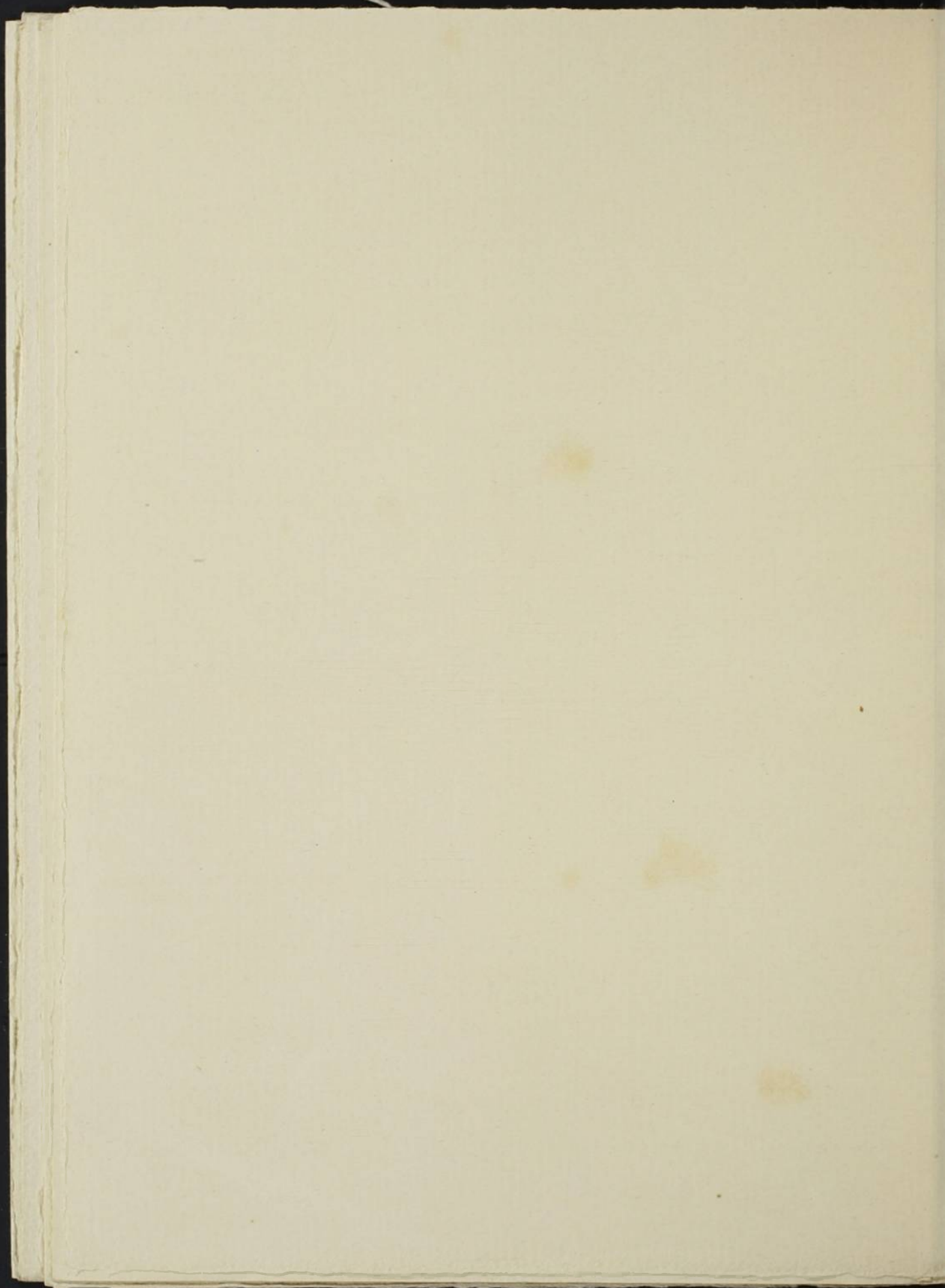


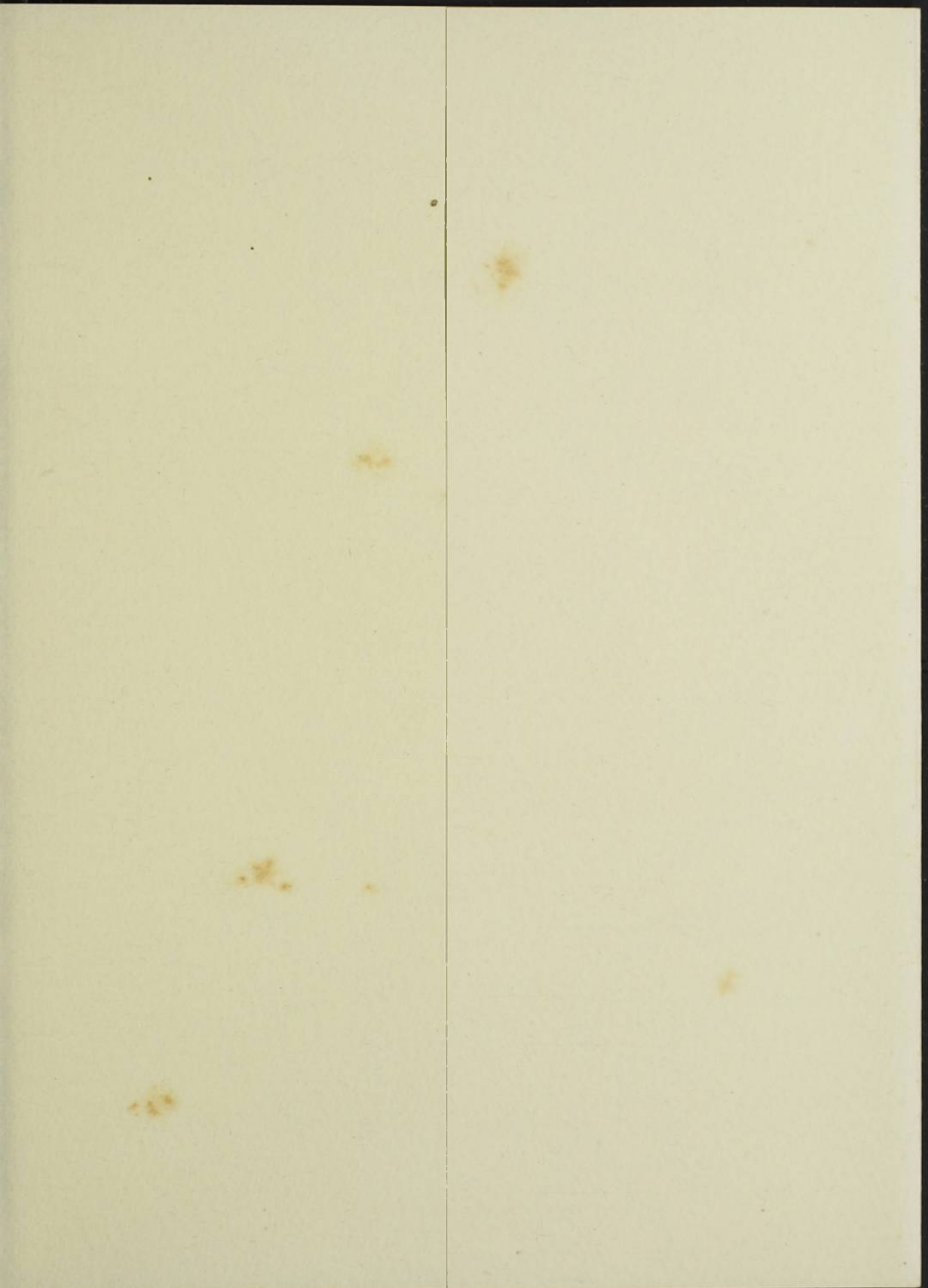
*Esta edición consta
de 120 ejemplares
en papel de hilo verjurado*

JOÃO CABRAL DE MELO
impresor

26555







61

